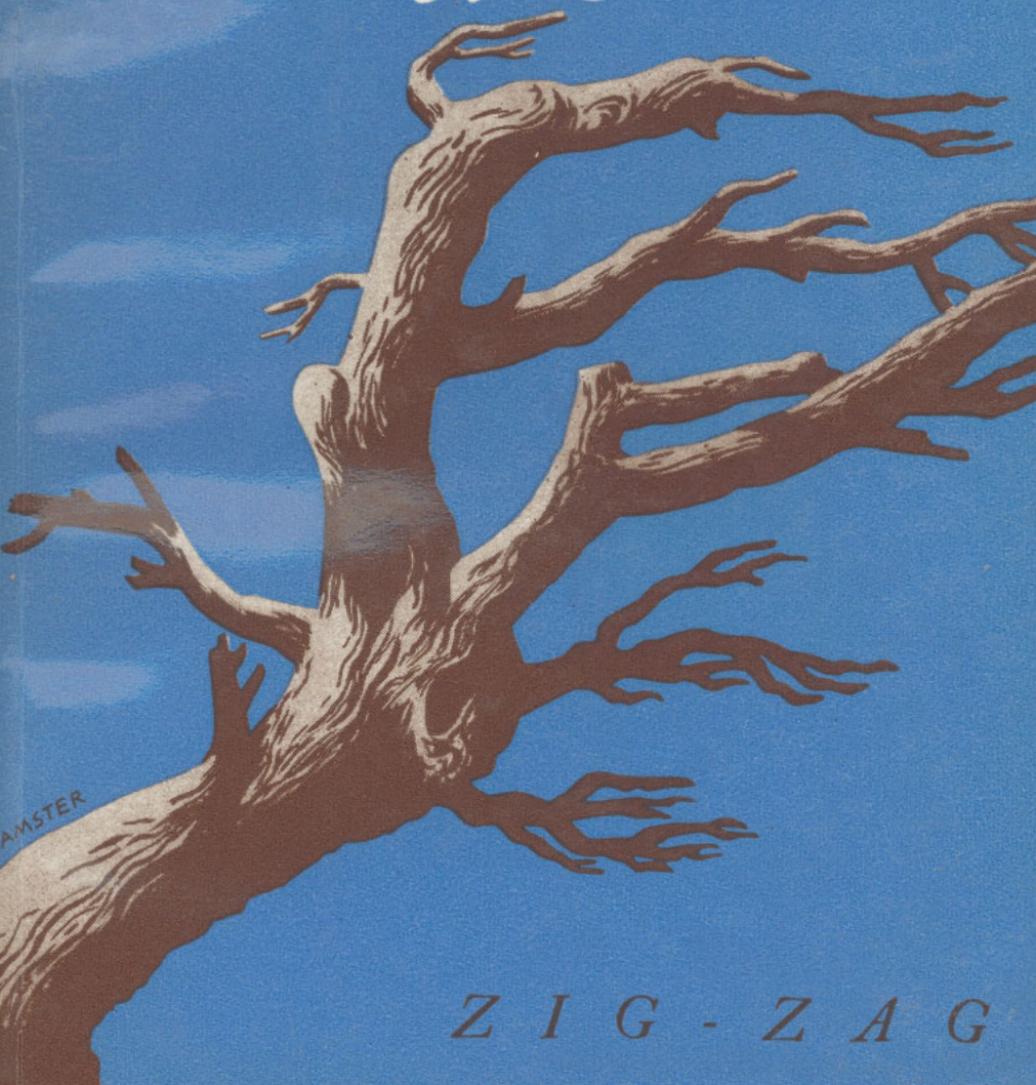


*Enrique Campos Menéndez*

*Sólo  
el viento...*



AMSTER

Z I G - Z A G

*Sólo el Viento*

2260

Enrique Campos Menéndez

*Sólo el Viento*

Z i g - Z a g

## *Prólogo*

DESDE la inicial inspiración de Kuppen han pasado más de veinte años y creo que no han pasado en vano, pues, además de las nuevas informaciones, datos y conocimientos, pienso que la vida misma ha nutrido esta obra. Es que ciertos libros, como los hombres, para llegar a interpretar las propias esencias tienen que recorrer un largo y afanoso camino.

Sólo el Viento es algo más que la nueva modelación de un libro: pretende ser su vestidura cabal y definitiva. Llevado por el propósito de dar realidad indispensable a la magia —magia vital— de un puñado de leyendas que parten del origen de una raza hasta el duro destino

que determinó su extinción, he alterado fundamentalmente lo que fue la primitiva intención de estas páginas. Todo ello en procura de una mayor coherencia, no sólo argumental y estilística, sino buscando también su natural unidad a través de una mayor precisión de los caracteres y de una documentación más exigente, y de este modo ambientar y dar soltura a la invención anecdótica de unos seres y sucesos capturados en la bruma geográfica y existencial.

No es demasiado lo que se conoce de los onas, pero, de lo que se sabe, puede quedar como invariable la afirmación de que fueron un pueblo absolutamente diferenciado. Sus componentes eran seres bizarros y fuertes, que vivieron como únicos dueños y señores en los bosques y praderas de Tierra del Fuego hasta comienzos de este siglo. No conocían la escritura, no practicaban arte alguno, ni tenían creencias definidas; pero eran un pueblo relativamente refinado y sano de espíritu. En la gran isla en que remata

*el extremo austral de América transcurrió su vida nómada durante centurias, quizás milenios. Nadie lo sabe. Por vecinos tenían en los canales del sur a los yaganes, indios de canoa, de los cuales aún quedan algunos supervivientes. Al norte del Estrecho, en el continente, habitaban los tehuelches. Pero estas dos razas son en todo distintas a la ona, y sus relaciones con ella fueron escasas y generalmente hostiles.*

*Los onas se llamaban a sí mismos shilknum y denominaban Karukinká a la isla en que vivían; pero prevaleció el nombre con que los yaganes bautizaron su territorio: Oneisin o “país de los onas”.*

*Los cincuenta mil kilómetros cuadrados de la Isla Grande de Tierra del Fuego —llamada así por las fogatas que en sus costas observaron los hombres de la expedición de Magallanes en 1520— son por antonomasia los dominios del viento. La parte sur de la isla es montañosa, abrupta, inclemente: majestuosos glaciares, fiordos profundos, bosques impenetrables, gran-*

*des lagos y ríos correntosos. La parte norte, en cambio, es una planicie abierta, donde el viento del suroeste corre sin atajos, barriendo el páramo en forma despiadada e incesante. La vegetación se agarra al suelo con energía desesperada, y son pocas las plantas que dan algún fruto comestible; no maduran las mieses y el pasto es duro y seco en la pampa. La fauna es arisca; no hay especie que haya podido domesticarse. Hay abundancia de aves en las vegas y de cetáceos en las costas. . . . Pero el animal que hizo posible la subsistencia de los onas fue sin duda el guanaco, ese camélido de airoso porte, que vivía en manadas en las extensas llanuras.*

*Este libro apoya la libertad de sus ficciones en una información abundante y varia, aunque difusa, entreverada, dispersa: trabajos de científicos, relatos de exploradores, crónicas de misioneros, investigaciones históricas, monografías*

de autores nacionales y extranjeros. Se destacan entre ellas de modo principal la interesante biografía de Monseñor Fagnano, por el padre Raúl Entraigas, y la Pequeña Historia Fueguina, del académico escritor sureño Armando Braun Menéndez, a quien se deben no pocos hallazgos notables. A estas obras se ha sumado, hace pocos años, el libro *Uttermost Part of the Earth*, de Lucas Bridges, aparecido en Londres en 1947 y publicado en castellano por EMECÉ en 1952 bajo el título de *El Último Confín de la Tierra*. Esta autobiografía del único blanco que vivió como ona entre los onas, ya que se asimiló a sus costumbres y llegó a dominar su idioma, es de excepcional valor desde el punto de vista de la comprobación histórica.

Además de estos testimonios escritos, existe la importante colección de objetos representativos de la vida de los indígenas fueguinos, que se guarda en el Museo Regional de la Congregación Salesiana en Punta Arenas.

Sin embargo, mi propósito de revivir en es-

tas páginas la presencia y el alma de un pueblo desaparecido exigía algo más que una inerte documentación por más profusa que fuera. Me atrevo a sostener que es la experiencia directa y personal la que infunde, aparte de su originaria autenticidad, un carácter singular a este libro. Recogí esta experiencia de miembros de mi propia familia y de otros antiguos pobladores de la zona austral; de mis primeros maestros, aquellos buenos padres salesianos del Colegio San José, en Punta Arenas, que con tanta abnegación intentaron la civilización de los aborígenes, y del mismo don Lucas Bridges, aquel afable gigantón, gran amigo de mi padre, que nos extasiaba con el relato de innumerables anécdotas y aventuras de su larga convivencia con los onas. A todo esto se suma el conocimiento total e íntimo del paisaje grandioso y desconcertante que es mi tierra natal.

La legendaria Karukinká está hoy poblada por millones de ovejas, cruzada de caminos, salpicada de viviendas, erizada de torres de petró-

*leo . . . Pero en el que fuera libre y ancho dominio de los onas, ninguna huella queda de la raza extinguida: ni una choza, ni un nombre, ni un recuerdo . . . , ¡sólo el viento!*

## *Kupen*

EN UNA solitaria cabaña, a orillas del lago Winteke, vive una anciana llamada Kupen. Nadie sería capaz de adivinar su edad; lo mismo puede tener setenta que ochenta o cien años. Su cara tiene textura de madera vieja; sus dedos sarmentosos casi no pueden moverse y sus piernas encanijadas ya no dan un paso; pero el brillo de sus ojos negros refleja la inteligencia que se conserva lúcida como en los firmes días de la madurez.

Kupen es pobre y no tiene nada que ofrecer, pero regala generosamente donosas palabras que, en cuentos, refranes, romances y leyendas, mitad en ona y mitad en castellano, enseñan y

cautivan. Cuando algún forastero curioso llega a Tierra del Fuego, lo primero que hace es procurarse un guía y enfilarse por el remoto camino del lago Wintেকে para verla y oír-la. Kúpen es amable y bondadosa, pero muy sagaz; conoce a los hombres en cuanto los ve, adivina tras los párpados caídos el primer revoloteo de las intenciones y contesta acomodándose al gusto y deseo de los visitantes. Nadie se va de su lado sin llevarse un recuerdo de esos que no se olvidan jamás.

Una vez llegó a su puerta cierto exótico aventurero de no común catadura:

—Dime, Kúpen: ¿tú recuerdas haber visto por aquí unas piedrecitas del color del sol, con las que tus abuelos hacían pendientes y brazaletes? No valen nada y causan mucho daño a los animales y a los árboles; por eso yo vengo a ver si consigo llevármelas todas para salvarlos del maleficio.

—Bien sé de lo que me hablas —respondió Kupa, solicita—, y puedo decirte dónde las encontrarás y en tanta abundancia, que para llevarlas no te bastará ni una caravana de cincuenta carretas. Mira: sigue siempre por la orilla de este lago hasta llegar al pie de aquella colina; remóntala y continúa hasta lo alto del ventisquero; baja por la senda que cruza el bosque de robles, y, al encontrar una cascada, sigue siempre por la orilla del río hasta andar tres días de sol a sol; llegarás a una pequeña vega donde encontrarás un canelo seco que aún huele bien; reúne a la gente y hazla cavar, y verás cómo tus deseos se cumplen.

El aventurero organizó una costosa expedición, caminó los tres días de sol a sol y no encontró ni la cascada, ni el río, ni la vega, ni el canelo.

Kupa se había burlado donosamente de su codicia.

Otra vez le llegó a la puerta cierto personaje

atildadamente vestido, de esos que recorren el mundo para pavonearse ante los cuatro amigos del club de que ya lo han visto todo.

—¿Usted es india? —empezó preguntando con superflua impertinencia.

—Soy hija de mis padres y nieta de mis abuelos —contestóle Kupa con humildad.

Sonrió con sorna el advenedizo.

—¿Me permite retratarla?

Luego entró en la choza revolviéndolo y curioseándolo todo con evidente mala crianza.

Kupa lo miraba tranquila y sin importarle su presencia, y, cuando llegó su hora, empezó a comer.

—No coma usted eso —intervino el intruso—, que tiene muchas toxinas. Realmente no sé cómo no se mueren con esos alimentos tan absurdos. Necesita usted hierro, fósforo...

Kupa le oía y lo miraba sin contestar. Cuando el entrometido terminó sus alardes dietéticos, se dignó preguntar a la indígena:

—Dígame, ¿por aquí no hay setas?

—Callampas, querrá decir. Sí las hay, y bien sabrosas. Vea: allá tiene unas que son muy buscadas.

Corrió el forastero al lugar indicado y volvió con su mochila llena.

Al regreso de la excursión las hizo cocinar de acuerdo con los mejores principios culinarios, y las comió relamiéndose. Antes de que los postres apareciesen en la mesa, el pobre hombre se retorció, víctima de cólicos atroces.

Kupen se había burlado donosamente de su vanidad.

Otra vez llegó un joven de aspecto petulante, que, retorciéndose con empaque los escasos pelos del bigote, le preguntó con descarada fanfarronería:

—Dígame, buena mujer, ¿usted sabe dónde podría yo encontrar alguna india joven y bonita que aceptara venirse conmigo? Desearía ponerla en un cuadro que estoy pintando. Si usted me lo dice, le daré unas monedas.

—Claro que sí. Lléguese a la toldería del Johon y pregunte por Josiken. Le aseguro que quedará usted muy contento.

El bisoño don Juan, después de mucho andar y preguntar, encontró una ruca solitaria en la que había, como único habitante, un viejo tuerto, jorobado y tartamudo. Le preguntó:

—Dígame, señor, ¿dónde podría encontrar a Josiken?

Y aquella especie de brujo le contestó con el mayor aplomo:

—Josiken soy yo.

Kupen se había burlado donosamente de su lujuria.

Y otro día llegué yo, cuando el sol con sus últimos rayos ponía reflejos de sangre en el lago.

—Kupen, yo no quiero saber dónde hay oro, ni manjares sabrosos, ni vírgenes sumisas; yo no vengo a curiosear en la intimidad de tu vida,

ni a reírme de tus costumbres venerables, ni a profanar la calma de tu casa. Vengo a verte, a oírte, a hablar contigo, a ofrecerte la alegría de mi juventud y a pedirte la sabiduría de tus recuerdos.

Y Kupen me respondió:

—Andarás muchos caminos, cruzarás muchos mares, correrás muchas tierras y verás toda clase de vestidos, y oirás toda clase de músicas, y bailarás toda clase de danzas, y hablarás toda clase de lenguas . . . Pero si lo que vas buscando por la vida es la verdad de los corazones, has de saber que nosotros, gentes de Oneisin, como los blancos y como los negros, nacemos, vivimos y morimos en la ilusión de las mismas esperanzas, bajo el peso de los mismos dolores, atados a los mismos egoísmos, entretenidos en las mismas dichas, enfermos por los mismos rencores . . ., porque las almas son las mismas en el oriente y en el poniente, aunque la encarnadura de los cuerpos las aparente distintas.

## *Elegía del Bosque*

AL PRINCIPIO, la inmensa isla estaba desierta; absolutamente desierta.

—La tierra y el agua —me dijo Kupaen al empezar este relato— se hicieron al mismo tiempo en todas partes, pero no todos los árboles brotaron el mismo día, ni los pájaros nacieron todos a la misma hora, ni todas las flores se abrieron a la vez en unos campos y en otros. En cuanto a los hombres, debes saber que aparecieron muy lejos de aquí, en lo más alto de una montaña, siempre vestida de verde, donde el sol alumbra y calienta mucho, donde las lluvias caen torrenciales y se anuncian con grandes redobles de tambor, cuyos ecos bajan por

latigazos de luz que deslumbran y matan; a estas costas tardaron mucho tiempo en llegar, porque éste es el fin del mundo: quien camine un poco más, caerá en el abismo de los malos espíritus que obedecen al dios blanco, que es el que hace la nieve y empuja al vendaval. Durante miles y miles de lunas, aquí no había ni un árbol, ni una flor, ni un pájaro. Las cumbres se recortaban escuetas y desnudas sobre un fondo de cielo siempre gris, como esmerilado de ceniza, y las llanuras se extendían heladas, sin una planta que rompiese su monotonía.

”Aquella silenciosa y yerta soledad tuvo su fin cuando apareció sobre las islas de oriente la estrella fugitiva de la melena lanuda. El invierno había sido muy cruel, pero el verano avanzó a saltos, con ímpetus fogosos que nunca jamás volvieron a repetirse. Amainaron los vientos del mar grande, y tibias brisas que venían de las tierras sin fin, perfumadas con mil aromas, transportaron semillas raras que, apenas enterradas, brotaron como por mandato de hechice-

ro. A la hora menos pensada, esta inmensa isla se obscureció de bosques, y entre los árboles se abrieron flores maravillosas; y muchos dieron frutas que se podían comer.

Parece ser que la abuela de la abuela de Kuppen aún pudo ver, siendo niña, algo de lo que quedaba de tal paraíso.

Fue por aquel entonces cuando llegaron a Karukinká dos pequeñas piraguas: una venía de donde sopla el viento, serpenteando por los canales australes, y arribó tan cansada, tan fatigada de bracear, con los remos tan ateridos, que por poco se hundió antes de llegar; la otra apareció por donde nace el sol, mar afuera de los arenales patagónicos, y llegó alegre y lozana, con su gran vela al viento, blanca como las alas del cisne. Cada una hizo su recalada y de cada una de ellas desembarcó un hombre: uno era pequeño, de brazos muy fuertes, de pelo muy lacio, de piel muy brillante, de ojos muy vivos, de voz muy sonora; el otro era alto, de piernas muy largas, de pelo muy negro, de color

muy tostado, de ojos muy sumisos, de voz muy grave. El uno se llamaba Agusá y el otro se llamaba Ubira. Ambos se pusieron a caminar tierra adentro, y al fin se encontraron una tarde cuando el sol entumecido se empañaba en las primeras sombras. Se miraron, se hablaron, cada cual a su modo, pero entendiéndose muy bien con los gestos, y quedaron amigos. Cortaron muchas ramas, golpearon sus piedras de fuego y encendieron una gran hoguera junto a la cual se acurrucaron. Así pasaron los dos indios forasteros su primera noche austral.

A medida que el tiempo transcurría, mayor se fue haciendo la amistad entre estos dos únicos habitantes de Karukinká. No se separaban nunca y en los trabajos se ayudaban y complementaban aportando cada uno sus artes nativas. Juntos paseaban, juntos salían a cazar, juntos exploraban el indiviso feudo, juntos recordaban la remota choza y la ruca lejana, y juntos soñaban en lo porvenir. Y eran absolutamente felices.

Pero he aquí lo que ocurrió cierta mañana: estaban desollando un guanaco, cuando oyeron un grito inusitado que estremeció el robledal, un grito de alguien que se dolía. Se miraron consternados. Creyeron al principio que sería el aullido de un zorro, pensaron después que acaso se tratase del ulular del viento en las ramas retorcidas de los coigües, sospecharon al fin que fuera cosa de hechicería; pero el grito se repitió, ahora más próximo, y sin lugar a dudas: era un grito humano. Alborotaron ellos a su vez, avanzando hacia la espesura, y a poco andar vieron salir del matorral a una mujer. Vacilaron entre huir o atacarla; mas la joven los miró con tal dulzura y tanta gracia, que acabaron por acercársele. Era esbelta, rubia, blanca como la nieve, con unos ojos tan claros como el cielo, pero que a veces verdeaban como el agua de las lagunas muertas.

¿De dónde venía aquella extraña mujer? ¿Adónde iba? ¿Qué quería? El caso es que se les acercó familiarmente, los saludó como a an-

tiguos conocidos, y, sin que nadie se lo pidiese, avivó las brasas y puso la carne de guanaco al fuego.

Los primeros días compartieron los tres el mismo *kaowe* en alegre camaradería. Ella se mostraba muy contenta y ellos no recataban su dicha. “Ya somos tres para cazar y pescar — pensaban—, y así nos esforcemos menos y comeremos mejor.”

La tierra fueguina hubiera sido para ellos un verdadero edén si el más joven de los indios no hubiese caído enfermo, y tan grave se puso, que, una noche, después de un largo delirio, quedó como muerto. Su amigo lo miraba sin saber qué hacer ni qué decir; pero ella, que todas las mañanas lo obsequiaba con tiernas callampas y sabrosos calafates buscados con afán apenas rompía la aurora, empezó a llorar y a mesarse los cabellos; y, cuando lo vio todo perdido, se inclinó sobre el moribundo y lo cubrió de caricias y besos.

—¡Ubira! ¡Ubira! —sollozaba—. Nunca más

mis ojos volverán a verte. Nunca más mis manos volverán a estar entre las tuyas... ¿Por qué no me muero yo también para estar siempre contigo?

Salvóse el enfermo, pero huyeron del toldo, para siempre, la confianza y la alegría. Agusá empezó a odiar a su compañero y terminó deseándole la muerte desde lo más íntimo de su alma.

No tardaron en separarse. Cada cual hizo su albergue, y sólo de tarde en tarde se encontraban, más para discutir y pelear que para conversar y ayudarse. Cuando Hayen los acompañaba (que así llamaron a la aparecida por el grito que lanzó cuando la oyeron por primera vez), se moderaban un poco; pero cuando se quedaban solos, ¡qué de injurias y amenazas se decían! El uno pensaba: "No debo matarlo, porque ella odiaría al asesino, y tarde o temprano Ubira volverá a enfermar y acabará por morirse". El otro meditaba: "Es mejor esperar; ella me ama y terminará por venirse conmigo

para siempre". Y lo cierto es que ella quería a los dos, porque en ambos encontraba bellezas y virtudes.

Una vez que la joven se retrasó más de lo acostumbrado, Ubira fue intranquilo a preguntarle a su vecino:

—¿Adónde habrá ido?

—Eres tú el que debe seguir sus pasos, y si por acompañarla no vuelves más, tanto mejor.

Este principio de diálogo subió pronto a disputa, y acabaron por lanzarse el uno contra el otro en salvaje pelea. Parecían dos animales enfurecidos. Cuando quedaron cubiertos de sangre y medio despellejados, Hayen apareció a lo lejos y les gritó:

—Sosegaos y haced la paz, porque si no seréis malditos.

Pero ellos sólo se ocupaban de desahogar aquel encono que les anegaba el corazón.

—Abrazaos en mi nombre, si no, por segunda y tercera vez os digo que seréis malditos —

volvió a clamar Hayen, que en lugar de aproximarseles, se alejaba.

Y ellos, sordos a las súplicas, continuaban su lucha con furia aún mayor.

La maldición cayó en verdad sobre los contendientes. Por sobre sus cabezas pasó una ráfaga de viento helado que desbarató los rústicos albergues, apagó las fogatas y estremeció los árboles del bosque. Poco a poco, a medida que avanzaba la lucha, los dos que fueran amigos se iban transformando en los bichos más despreciados y asquerosos: primero en arañas, luego en cangrejos, después en ratones. No se veían, pero veían todo lo demás: los peñascales, las raíces, los charcos. . . , y veían a Hayen que los contemplaba desde lo alto del cerro más distante y que también se iba transformando hasta ser una sombra, luego una llama, y finalmente un resplandor que se apagó al lucir la primera estrella.

En la aurora del nuevo día, Ubira y Agusá eran dos pájaros, dos pobres pajaritos marcados

con todas las señales de la pelea: uno tenía las plumas de la cabeza revueltas y los ojos desorbitados, y el otro todo el pecho rojo de sangre.

Por estas tierras del sur, todos sabemos que las avecillas se llaman *chincol* y *lloica*, pero sólo los indios conocen su verdadera historia, esta triste historia que Kupun me contó y que yo he querido transmitir con la mayor fidelidad. La gente de campo, que observa cómo redoblan el alboroto de sus gorgeos cuando pasa una mujer, les tiene religioso respeto. En cambio, los forasteros, que todo lo de Oneisin lo sienten extraño, pasan indiferentes, los miran con desdén, y siguen su marcha, sin comprender que estos trinos que caen de las ramas más altas están recitando las más antiguas e irremediabes quejas de una amistad que el amor destruyó.

# *Las Dos Estrellas*

COSTELEN era sentimental, melancólico, suave de palabras y deseos; con el rostro siempre dibujado con trazos blancos, pescaba de sol a sol a la orilla del lago, y de noche, cuando los muertos se aparecen en forma de estrellas, solía salir al descampado para mejor conversar con ellos y contarles sus anhelos. Al tiempo de la iniciación, eligió por esposa a la dulce Olengue, cuya bondad y cariño llenaban su vida de tierna felicidad y con quien formaba la pareja más querida de la comarca.

Aneken era violento, despótico; solitario siem-

pre, pasaba su vida cazando en la más tupida espesura de los bosques, y, como los guerreros, untaba su cuerpo con pintura roja. No sabía lo que era un afecto, ni un amor; cuando los camaradas conseguían hablarle y le preguntaban por qué no se preocupaba de buscar compañera, respondía:

—¿Para qué? Yo me basto solo.

Pero en la tribu del río Sheke, de donde provenía, Aneken había tenido una mujer; una bella muchacha que un día, cansada de los malos tratos y las palabras hirientes, intentó huir de su lado. Aneken, temblando de furor, había disparado la flecha con que tenía derecho a inmovilizar sus piernas, pero dio en la espalda de la mujer y la mató. Nadie en la toldería creyó que esa tragedia se debiera a un accidente, aun cuando Aneken juraba que la diosa Tano, la que viene de las entrañas de la tierra, había torcido la dirección de la saeta. Por eso Aneken no tenía mujer ni quería tenerla. Cuando sentía el deseo, la tomaba sin importarle la venganza de

los otros, pues para eso estaban su fuerte brazo y su habilidad en la pelea. Solitario en su *kaowe*, pasaba tardes enteras preparando sus armas, repletando la aljaba con flechas de aguda punta que todos conocían por sus vistosas plumas de avutarda y por la increíble distancia que alcanzaban.

Costelen procuraba no cruzarse en el camino de Aneken, desde una vez que éste quiso pelear y aquél rehuyó afablemente la disputa. Pero un día se encontraron en la estrecha senda que bordeaba el ventisquero. . .

Uno venía de pescar y el otro de la cacería; aquél con el *shorren* vacío, y éste con el pecho y la espalda cargados de presas que le pintaban hasta la rodilla oscuros manchones de sangre.

Aneken se rió escandalosamente al ver el morral vacío que pendía del hombro de Costelen.

—No sirves para nada —lo increpó—. Eres tan inútil como los caranchos. Me das lástima. Toma. Llévale de comer a tu mujer.

Y le arrojó las piezas aún calientes de su cería.

Costelen las recibió en pleno rostro como una bofetada. Ciego de furor se abalanzó contra Aneken. Y éste, fuerte como un coigüe, ágil como un felino, impetuoso como la sudestada, lo derribó, golpeándolo furiosamente hasta quitarle la vida.

Cuando llegó a la toldería la noticia de la lucha y el desastroso fin de Costelen, un clamor de llantos se escapó de todos los pechos. La tribu entera proclamaba a gritos su dolor. Las mujeres se arrastraban desmelenadas por el pedregal, batiendo la frente contra los guijarros y los hombres se dolían con lamentos semejantes a los aullidos del vendaval. Olengue, la viuda, se arañaba las carnes con esquirlas de huesos. Hombres y mujeres, viejos y niños, se cortaron los cabellos, dejándose apenas un cerco que les daba un aspecto siniestro, y se ennegrecieron la cara para expresar mejor el duelo, pin-

tura que mantendrían durante seis lunas para cumplir el rito fúnebre.

Trajeron el cadáver sobre unas angarillas, lo envolvieron en su propia capa y lo entablillaron para mantenerlo rígido; lo fajaron después en lonjas de cuero, delineándole cuidadosamente la cabeza, y a su alrededor profirieron enloquecido clamoreo, cuyo rumor se extendía hasta muy lejos. Luego de quemar las vestiduras del muerto, a la mañana siguiente fueron a enterrarlo al pie de una barranquilla, cubriendo la sepultura de modo que nadie pudiese reconocerla y profanar el cadáver, oculto bajo una gruesa capa de piedras para que los zorros — los zorros malditos — no huroneasen jamás en los restos queridos. El *mehn*, el espíritu, la sombra del muerto, ya estaba muy lejos presenciando impasible las ceremonias; pero los huesos allí quedaban, lejos de las sendas, en lugar por donde nadie transitaba.

Los parientes se ocuparon del sostenimiento de Olengue, pero Aneken, haciendo valer, de

acuerdo a la ley de Oneisin, sus derechos de homicida que mata en franca lucha, pero en realidad deseoso de lograr una última victoria sobre el desdichado enemigo, la reclamó como *naa*, es decir por esposa.

Ante lo inexorable de los preceptos ancestrales, Olengue tuvo que casarse.

Poco a poco en el cazador montañés se fueron notando muchos cambios. Se elevaba de su dura condición a una más tranquila y cordial convivencia, mostrándose más sensible a medida que se tornaba más humano. Ya ansiaba el deleite de una compañía respetuosa; ya apreciaba los agrados conyugales y gustaba de ellos con dulce complacencia; ya gozaba del encanto de la conversación prolongada hasta los primeros parpadeos del sueño.

Sabía que Olengue no lo amaba, pero una esperanza recóndita le anunciaba que alguna vez podría conseguir su cariño. Para atraer su admiración, emprendió arriesgadas y difíciles aventuras que nadie en la toldería hubiese intenta-

do; desafió a las tribus enemigas, mató pumas feroces que asolaban la comarca, hizo increíbles cacerías de lobos marinos; pero Olengue, que no dejaba de reconocer su coraje y su destreza, continuaba sin amarlo.

Acariciaba a los niños, respetaba a los ancianos, protegía a los débiles, regalaba a las mozas, cedía siempre su lugar a cualquier vecino que se lo disputase, y de este modo consiguió primero el perdón, después el respeto y más tarde el afecto de cuantos le rodeaban. Pero Olengue seguía sin poder amarlo, a pesar de ser dócil y obediente.

Nunca pudo Aneken reprocharle una negligencia, una palabra áspera, un gesto impropio; hasta tal punto que todos los miembros de la tribu estaban convencidos de que eran el *she* y la *naa* más felices de Oneisin, y los ponían como un ejemplo para satisfacción de los viejos y esperanza de los jóvenes. Sólo entre Aneken y Olengue estaba clara la verdad. Y él se preguntaba angustiado:

“¿Qué más puede querer? . . . Suyo es el *she* más valiente de la toldería, el cazador afortunado, el caminante incansable, el amante generoso; suyos son los collares más lindos, las pieles más raras, las diademas más valiosas, las presas más apetecibles” . . .

Mas he aquí que al despertar una noche, percibió que Olengue soñaba en voz alta diciendo palabras dulces y tiernas, mezcladas con un nombre que brotaba de sus labios suavemente: ¡Costelen!

No se desesperó, a pesar de todo, y aun llegó a experimentar el placer de perdonarle aquel recuerdo en el que revivían, en un instante del sueño, los primeros amores.

Pero otra noche la escena se repitió, con caracteres más sombríos; al nombre de Costelen, dicho otra vez con igual ternura, siguió el suyo —Aneken—, pronunciado con dureza y rencor. Y otra noche más, en el sopor de la pesadilla, Olengue mezcló los dos nombres; y en la crispación de sus manos, en el temblor de su piel,

en la mueca de sus labios, notó que en el nombre evocado seguía palpitando la pasión y que el suyo era dicho con odio: la bella Olengue, en la inconsciencia del sueño, repetía:

“*Yi she . . . , yi she Costelen.*”

No pudo más, se levantó, empuñó el arco y salió del *kaowe* dispuesto a no volver.

Nevaba copiosamente. La pampa aparecía inmensa y el silencio se extendía sobre el paisaje. Sus pasos marcaban en la nieve huellas que el viento iba borrando. Caminaba cada vez con más prisa; era preciso alejarse cuanto antes de aquel lugar siniestro. Obsesionado con sus preocupaciones, atravesó como un fantasma el sudario de la noche. La claridad del alba se difundió por el cielo. Ya no nevaba. Las sombras de densos nubarrones empujados por el viento naciente corrían por el suelo como un funesto escalofrío. Helaba, pero él se sentía envuelto en un hálito febril. Entrado el día, se encontró frente al bosque que marcaba la primera estribación de la cordillera.

Una idea lo perseguía: “¿De qué me ha valido ser bueno? ¿De qué me sirvió humillarme si no he conseguido siquiera el cariño de una mujer? La vida es lucha; nada se consigue con buenos sentimientos; ¡sólo por la fuerza se puede dominar el corazón humano! Sin embargo...”

Y la imagen de Costelen volvía a surgir en su conciencia con un gesto de dulzura que negaba las duras razones del cazador, porque Costelen, tan suave y cordial, había conseguido el amor de aquella Olengue que le llamaba en sus sueños “*yi she*”, esposo mío.

Tuvo horror y vergüenza de sí mismo. La sombra del rival asesinado continuaba implacable su venganza; lo había castigado en el drama de los sueños de Olengue y lo volvía a castigar ahora en esta persecución de su conciencia.

Continuó penetrando en la espesura sin saber hacia dónde iba, perdiéndose en la inmensidad boscosa que lo apretaba cada vez más en

un cerco de sombras. Varias veces se detuvo, creyendo que lo seguían.

De pronto oyó unos gritos que parecían decir *cujucujo*; era el trágico castañetear que llenaba de pavor hasta a los guerreros más valientes: era *Hasché*, el espíritu del árbol seco, que se acercaba queriendo estrangularlo; oyó las pisadas ágiles de *Quemanta*, el espíritu del árbol vivo, que horroriza cuando se aparece en la alborada coronado de musgo y con un gran manto de verdor; vio el palo justiciero de *Short*, el espíritu de las piedras blancas, que alcanza en su castigo a los que se creen más seguros, el cual pasó ante sus ojos arrastrando de la mano a *Jalpen*, la veleidosa dueña de las tormentas; rozó la túnica llameante de *Tano*, la diosa ruin que viene de las entrañas de la tierra; notó las manchas de *Oleming*, el espíritu del cielo, benéfico para todos, menos para él; oyó a *Yose* quebrando ramas para su hoguera maldita que no puede encenderse nunca.

Poseído de espanto, quiso gritar y no pudo,

quiso correr y se le doblaron las piernas, quiso disparar el arco y los brazos se le agarrotaron.

Entonces se le apareció *Keternen*, insinuante y sedoso, y sintió que los ánimos le renacían, y esperanzado en su ayuda, se lanzó tras él en carrera vertiginosa. Era un dios joven, bello, que sonreía como un niño. ¡Ah, si él hubiese tenido un *laal* así! Lo habría querido con toda el alma y habría hallado en él la salvación. Lo llamó a gritos, pero sus ecos se perdieron en la espesura; *Keternen*, el hijo de la imaginación, el hijo soñado, el *laal* imposible, le huía veloz como una flecha. Aneken corrió siguiéndolo hasta el final del bosque; siguió tras él por las montañas; y en plena carrera, cuando bordeaba un precipicio que caía sobre un abismo, oyó un clamor que venía desde el fondo, y vio a *Jachai*, el de los cuernos tiznados, el espíritu de las piedras negras, que lo llamaba con la suave voz de *Costelen*, ofreciéndole en el vaho enajenante de aquella hondura la paz definitiva para su atormentada conciencia.

El silencio del aire cristalino se estremeció con los sordos golpes del cuerpo de Aneken que, batiendo de roca en roca, fue a ensangrentar el hilo de agua pura que corría en la profundidad del abismo.

En las noches sin luna se ven dos estrellas juntas en el firmamento de Oneisin. Son los espíritus del suave Costelen y del rudo Aneken. Una brilla con un puro y blanco resplandor. La otra aparece rojiza, como teñida de sangre.

## *Kiutemink*

ENTRE los numerosos hijos del viejo cacique, Kiutemink era el más dócil, el más sumiso; y, tal vez por ser el más pequeño, el más atendido y mimado.

El anciano patriarca se había casado muchas veces y aún tenía a su lado cuatro mujeres que compartían en paz sus ya paternales amores, de la misma manera y con la misma diligencia y armonía con que se repartían los cuidados de la prole y los quehaceres del *kaowe*.

En este ambiente de felicidad nació Kiutemink. Durmió los primeros sueños, al igual que todos los onas, en un hoyo relleno de plumas de caiquén y lana de guanaco primeriza, pero na-

die fue rodeado de tantas delicadezas como él. Luego pasó al *tahalsh*, especie de angarilla cubierta de pieles de zorro que sirve de cuna, donde descansó atado muchos días y muchas noches, en posición casi vertical. Diariamente lo untaban con pasta hecha de saliva y greda, para que sus articulaciones se fortaleciesen y sólo le daban de comer pescado y carne sin grasa. Cuando se ponía a lloriquear, el padre le lanzaba tremendos gritos al oído para imponérsele como un ser sobrenatural. Un poco mayorcito, la madre lo mandaba a buscar leña para robustecerlo en el trabajo, y su padre le enseñaba a disparar el arco haciendo rodar grandes discos sobre los cuales el pequeñuelo tenía que fijar la puntería. Cumplidos los doce años, según la costumbre, los padres levantaron para él, en la vecindad del toldo familiar, otro más pequeño, que le permitía vida holgada e independiente. Kiutemink podía considerarse —le sobraban motivos para ello— el ser más afortunado de la isla.

Limítrofe con su tribu y no muy distante de su vivienda, habitaba Cayepar, una niña de su misma raza, que reunía cuantos encantos pueden imaginarse. Eran muy amigos. Cuando Kiu-temink terminaba los quehaceres que se le encomendaban, su mayor placer era buscar, en compañía de Cayepar, con la cual se internaba por el bosque, nidos de caturras y bandurrias, sabrosos huevos de caiquenes y pichones de teru-teru que encontraban sin gran esfuerzo. En las tardes de vagar subían a la montaña, desde la cual se divisaba el valle en toda su amplitud, y allá se quedaban largo rato embelesados, contemplando el vuelo solemne de los cóndores, la rosada constelación de los flamencos que giraban en torno del lago —bruñido como la luna— y el eterno rodar de olas con que el mar golpeaba los acantilados. Y entraban en las grutas: él la dejaba en lo más denso de las sombras, y a grandes voces imitaba el rugir de los pumas, el aullido del vendaval, el bramido de las olas; ella temblaba, femenilmente miedosa,

y él entonces corría a salvarla de la soledad, del terror y de las sombras. Estos juegos aumentaban la mutua atracción: ella lo veía cada vez más valeroso y seguro de sí mismo, y él se sentía feliz al comprobar con qué ternura y confianza se refugiaba en su varonil amparo.

En este ambiente de dichosa tranquilidad vivieron sus rápidos días de niñez. Una vez cumplido el *cockletem*, Kiutemink, no sólo por necesidad de escoger compañera de trabajo, sino a impulsos del amor, se quiso unir a Cayepar. Hacían la pareja ideal de la raza: él era alto y fuerte, de piel tostada, de ancho pecho y delgado talle, con muy poco vientre, las piernas robustas y largas; ella era morena, de ojos diminutos y muy expresivos; boca pequeña y labios finos, amplias caderas, piernas firmes y movimientos armoniosos.

Decidido a casarse, Kiutemink empezó por atraerse al padre de Cayepar, haciéndole frecuentes visitas en las cuales le llevaba valiosos regalos: flechas, cueros y en ciertas ocasiones,

para halago de su paladar, algunos tucutucos que el futuro suegro engullía con mal disimulada gula. Este, a pesar de estar muy contento con el posible matrimonio, se fingía reacio, porque el bien parecer obligaba a estos disimulos. Cuando, al fin, el padre dio su consentimiento, el enamorado pudo enviar su arco a Cayepar, quien se lo hizo devolver al día siguiente como era presumible dentro del ceremonial de las costumbres. No se desesperó ante esta negativa, y otra vez le envió el arco suplicante, que volvió con la misma esquiva respuesta. Un tanto impaciente ante este nuevo rechazo, envió su arco una tercera vez, y en esta ocasión fue Cayepar misma la que le trajo el arco, demostrando así su aceptación.

Poco después se casaron.

Fueron a vivir a un hermoso *kaowe* que el viejo cacique les había construido. La esposa debía ocupar allí el lugar de esclava, pero Kiu-temink no sólo no ejerció su derecho dominador, sino que, por el contrario, no perdió opor-

da, e iban a sentarse al pie del corpulento coi-  
güe que se erguía al lado del toldo, contándose  
las repetidas y siempre nuevas peripecias del  
día, hasta que el frío los obligaba a guarecerse  
en el *kaowe*, donde, al amor de la lumbre, con-  
tinuaban sus caricias y confianzas, hasta que-  
darse dormidos.

Largo tiempo fueron felices; pero, poco a po-  
co, nació dentro de ellos, a medida que pasaban  
los días y las lunas, la esperanza de perpetuar-  
se, de encarnar su felicidad en un ser que con  
su vida y su alegría reflejara la dicha de que  
ellos gozaran. . . . Por eso, muchas veces Kiute-  
mink se quedaba con la mirada perdida ensi-  
mismado en largas cavilaciones, hasta que ella,  
vergonzosa, le preguntaba:

—¿Qué tienes, Kiutemink?

—Nada, nada. . . .

Y las respuestas se sucedían:

—Nada. . . ., nada. . . .

Adivinaba ella su tristeza, y desde el fondo  
de su alma también deseaba fervientemente

que se disipara esta única nubecilla que ensombrecía su existencia, y confiaba en que así habría de suceder: por eso, una mañana, temblando de sorprendida alegría, le dijo:

—Tengo que contarte algo.

Y le explicó cómo, desde hacía poco, sentía en la sangre bullir el hálito de una vida nueva; que otro ser, de carne y amor, empezaba a formarse en sus entrañas.

Ante la ansiada nueva, Kiutemink extremó las delicadezas y cuidados con Cayepar. Pocas se le hacían las horas del día para satisfacer sus gustos y cumplir sus caprichos, y más cortas aún se le hacían las horas de la noche para regalarla con abundantes y suaves cariños. Bastaba que ella insinuase algo para que él lo cumpliera con toda premura; y cuando nada podía hacer, se paseaba inquieto y contrariado por no poder añadir algo al lento correr de los días.

El otoño había tusado las verdes cabelleras de los árboles, y el sol se acostaba muy temprano. Cayepar recortaba las pieles que se trans-

formarían en prendas de abrigo para la criatura, y Kiutemink preparaba, con exagerado anticipo, pequeñas flechas para los primeros ensayos del vástago; y así, al calor del hogar, devanaban interminables diálogos, que giraban siempre sobre el mismo tema: *laal*, el hijo. Discurrían ambos cómo le llamarían: si fuese hombre, le dirían Jaro; si mujer, le pondrían Coyla. Ella quería que fuese mujer, que pronto fuese una jovencita muy linda, para la que todos los mozos curtirían los cueros más suaves y traerían desde muy lejos las más bellas diademas de *kejur* y las cuentas más raras y de más brillantes colores; Coyla bailarían muy bien; los jóvenes enamorados le mandarían sus arcos, y los viejos, extasiados al oír su voz aguda y clara dirigiendo la rueda de la danza, la alabarían con hermosas y antiguas palabras. Luego se casaría y tendría muchos hijos que amarían a sus padres como ellos amaban al venerable cacique del sur.

El quería que fuese varón; que, de chico, hi-

ciera mil travesuras despistando a los zorros más astutos; que creciera muy fuerte y valiente; que se aventurase hasta las cuevas oscuras donde los pumas esconden sus crías, y hasta los picachos más altos donde los cóndores cuelgan sus nidos; que fuese un gran cazador y un guerrero esforzado, temido por las tribus enemigas y admirado por toda la toldería; Jaro sería, cuando ellos llegaran a la vejez, quien les traería el sustento y el consuelo.

Y así, todas las tardes, se adormecían en proyectos de ensueño.

Bien sabía él que cuando llegase la hora, debería salir del hogar dejando a su esposa en compañía de parientes y amigas encargadas de atenderla. La tradición de la raza lo obligaba a no estar presente para no herir el pudor de la madre.

No transcurría un día sin que Kiutemink preguntase apremiante:

—¿Ya me tengo que ir?

prestancia de que hacían gala. El tenía un valioso *oli*, capa cuadrada que se echaba sobre el cuerpo desnudo, cubriéndolo hasta los pies y que, en vez de ser de guanaco, como era lo frecuente, estaba hecha de suaves pieles de zorro colorado, bien sobadas y rayadas de amarillo por el revés; llevaba calzado hecho con el cuero flexible y resistente de las rodillas de los guanacos, y polainas duras y abrigadas de lobo marino; un alto *cochel* o triángulo de piel gris muy fina, cortado del testuz de los guanacos y que colocaba sobre la frente atándolo a la nuca con trenzas de nervios (adorno que traía mucha suerte en la caza); *shorrens* de piel de nutria de distintos tamaños, que le servían de botijo y morral, y muchos brazaletes de lonjas de cuero vistosamente cosidas. Los *coyatens* o faldas de Cayepar llamaban la atención por lo bien curtidas y por el esmero con que se les había conservado la suave lana de chulengo; también causaban envidia sus collares o *keelches* de grandes cuentas de huesos y de conchas naca-

radas, y su diadema —*oun*— de plumas de *kejur*, bello cormorán de un azul marino casi negro.

Cayepar era recibida con admiración cuando aparecía para agregarse a la ronda donde las mujeres daban vueltas y vueltas al ritmo de una monótona melopea que iban repitiendo hasta el final del baile. Kiutemink la miraba enternecido desde el corro de los hombres, por tradición meros espectadores de la danza.

Todos los días a la caída de la tarde, cuando regresaba del bosque, la llamaba desde lejos con su clara voz varonil. Y cuando se encontraban, el mismo juego tierno y candoroso se repetía invariable: él se tapaba con la capa hasta los ojos, denotando que algo escondía; ella forcejeaba hasta encontrarlo, y siempre aparecía la sorpresa de un regalo, que a veces era un pichón de caiquén, un pequeño coipo, un puñado de sabrosas murtilas o una vistosa cuenta más para los collares. . .

Comían juntos la olorosa carne recién asa-

da, e iban a sentarse al pie del corpulento coigüe que se erguía al lado del toldo, contándose las repetidas y siempre nuevas peripecias del día, hasta que el frío los obligaba a guarecerse en el *kaowe*, donde, al amor de la lumbre, continuaban sus caricias y confidencias, hasta quedarse dormidos.

Largo tiempo fueron felices; pero, poco a poco, nació dentro de ellos, a medida que pasaban los días y las lunas, la esperanza de perpetuarse, de encarnar su felicidad en un ser que con su vida y su alegría reflejara la dicha de que ellos gozaran. . . . Por eso, muchas veces Kiutemink se quedaba con la mirada perdida ensimismado en largas cavilaciones, hasta que ella, vergonzosa, le preguntaba:

—¿Qué tienes, Kiutemink?

—Nada, nada. . . .

Y las respuestas se sucedían:

—Nada. . . ., nada. . . .

Adivinaba ella su tristeza, y desde el fondo de su alma también deseaba fervientemente

que se disipara esta única nubecilla que ensombrecía su existencia, y confiaba en que así habría de suceder: por eso, una mañana, temblando de sorprendida alegría, le dijo:

—Tengo que contarte algo.

Y le explicó cómo, desde hacía poco, sentía en la sangre bullir el hálito de una vida nueva; que otro ser, de carne y amor, empezaba a formarse en sus entrañas.

Ante la ansiada nueva, Kiutemink extremó las delicadezas y cuidados con Cayepar. Pocas se le hacían las horas del día para satisfacer sus gustos y cumplir sus caprichos, y más cortas aún se le hacían las horas de la noche para regalarla con abundantes y suaves cariños. Bastaba que ella insinuase algo para que él lo cumpliera con toda premura; y cuando nada podía hacer, se paseaba inquieto y contrariado por no poder añadir algo al lento correr de los días.

El otoño había tusado las verdes cabelleras de los árboles, y el sol se acostaba muy temprano. Cayepar recortaba las pieles que se trans-

formarían en prendas de abrigo para la criatura, y Kiutemink preparaba, con exagerado anticipo, pequeñas flechas para los primeros ensayos del vástago; y así, al calor del hogar, devanaban interminables diálogos, que giraban siempre sobre el mismo tema: *laal*, el hijo. Discurrían ambos cómo le llamarían: si fuese hombre, le dirían Jaro; si mujer, le pondrían Coyla. Ella quería que fuese mujer, que pronto fuese una jovencita muy linda, para la que todos los mozos curtirían los cueros más suaves y traerían desde muy lejos las más bellas diademas de *kejur* y las cuentas más raras y de más brillantes colores; Coyla bailararía muy bien; los jóvenes enamorados le mandarían sus arcos, y los viejos, extasiados al oír su voz aguda y clara dirigiendo la rueda de la danza, la alabarían con hermosas y antiguas palabras. Luego se casaría y tendría muchos hijos que amarían a sus padres como ellos amaban al venerable cacique del sur.

El quería que fuese varón; que, de chico, hi-

ciera mil travesuras despistando a los zorros más astutos; que creciera muy fuerte y valiente; que se aventurase hasta las cuevas oscuras donde los pumas esconden sus crías, y hasta los picachos más altos donde los cóndores cuelgan sus nidos; que fuese un gran cazador y un guerrero esforzado, temido por las tribus enemigas y admirado por toda la toldería; Jaro sería, cuando ellos llegaran a la vejez, quien les traería el sustento y el consuelo.

Y así, todas las tardes, se adormecían en proyectos de ensueño.

Bien sabía él que cuando llegase la hora, debería salir del hogar dejando a su esposa en compañía de parientes y amigas encargadas de atenderla. La tradición de la raza lo obligaba a no estar presente para no herir el pudor de la madre.

No transcurría un día sin que Kiutemink preguntase apremiante:

—¿Ya me tengo que ir?

Y las viejas entendidas reían bonachonas ante el apuro del joven marido.

—Quédate, ya te avisaremos.

A pesar de esto, Kiutemink insistía ingenuo:

—¿Ya me tengo que ir?

Hasta que en una ocasión, ya entrado el invierno, le dijeron:

—Kiutemink, debes partir.

No había terminado la frase cuando corría por la estepa helada, radiante de tocar una realidad tanto tiempo esperada. Después de mucho caminar, se sentó cansado en lo alto del cerro, donde siguió dando rienda suelta a la imaginación.

“¡Qué suerte la mía! —pensaba—. Tendré todo lo más que se puede lograr en la vida: *laal, yi laal*, un hijo, mi hijo; se ha ido la única sombra que había en mi vida; ahora todo es luz, ahora todo es alegría.”

Y empezó a nevar. . .

En el *kaowe* las mujeres trajinaban. Al filo del amanecer, el sol, asomando por el horizonte, dis-

paró su primer rayo sobre la última estrella de la noche, que se desangró tiñendo de escarlata las inmensidades celestes. Al mismo instante, en la carpa amanecía el llanto del recién nacido. La madre, orgullosa de aquel hijo encantador que le resplandecía en el regazo, pidió a las otras mujeres:

—Corred, buscad a Kiutemink y decidle que Jaro ya llegó.

Con gran alborozo corrieron todas, en la mañana trémula, a llevarle el mensaje. El campo estaba completamente cubierto de nieve. Las mujeres se esparcieron en su busca gritando:

—¡Kiutemink! ¡Kiutemink!

Los llamados resonaban en la nieve inmensa, sin fronteras:

—¡Kiutemink! ¡Kiutemink!

Los llamados revoloteaban como torcazas perdidas.

Subieron el cerro, hasta el peñasco donde había sido visto al anocheecer.

—Ahí está. ¡Kiutemink!

Cubierto el cuerpo por la nieve, sólo se le veía el rostro lívido, con los ojos entreabiertos. Parecía dormido.

—¡Kiutemink!

La muerte había helado en sus labios la expresión de la dicha finalmente alcanzada:

“*Laal . . . , yi laal. Un hijo . . . , ¡mi hijo!*”

Cuenta la tradición que aquella primavera las gentes se maravillaron al ver que la estéril y reseca mata negra, tocada por los espíritus tutelares, brotó de nuevo, luego de tantos años, reviviendo en pétalos blancos la sonrisa de Kiutemink. Y desde aquel tiempo remoto todos saben que cuando es pródiga la floración de la legendaria mata, al invierno siguiente la nieve caerá abundante, obstinada, pertinaz . . .

## *Aprendiz de Hombre*

LOS GRANDES ojos de Jaro contemplaron la escena sin alarma, con ingenua curiosidad, erguido el cuerpo y la cabeza ladeada, como un chulengo venteando. Apenas había visto diez veces renovarse el brote de los árboles, y todo cuanto la naturaleza ofrecía a su imaginación era motivo de ensueño. Creía en todo, se maravillaba de todo. . . . Hasta los temores de lo sobrenatural eran para él fuente de poesía.

Ahora disfrutaba del espectáculo de Alepen, llegando veloz y azorado desde el bosque, asiendo los brazos para advertir a los de los tollos de las malas nuevas que traía.

Por fin llegó, y Jaro vio cómo Alepen caía,

cortado el aliento, a escasa distancia del primer *kaowe*.

Reinaba allí el ajetreo del mediodía. Los fatigados cazadores de la víspera, que habían gozado del lecho hasta tarde, se desperezaban para soltar luego sus músculos en juegos de lucha. Algunas mujeres iban por agua al manantial cercano; otras estaban en la playa despojando las rocas de su costra de lapas, almejas, choros y caracoles de mar; las que trajinaban en los menesteres domésticos corrieron aterrizadas a ocultarse en el interior de sus toldos al ver la alarmante llegada de Alepen, como presintiendo algo que conocían muy bien. Jaro miraba con plácido asombro esta carrera de las mujeres. Los hombres, entre los que se contaba un anciano muy grave, habían estado mirando hacia el bosque desde antes que apareciera Alepen, sonriendo con bonachona superioridad o escuchando atentamente al anciano, que hablaba casi sin mover los labios; y cuando lo vieron llegar, se precipitaron a su encuentro,

levantándolo y ayudándolo a tenerse en pie.

—¡Short, Tano . . . , Jachai! —dijo Alepen, con voz entrecortada—. Los he visto a todos..., en el bosque...

El rostro de Jaro reflejó entonces la más maravillada de sus expresiones. ¡Cómo envidiaba a Alepen! Había visto a los *mehns*. En cambio él, con sus diez años, apenas si alguna vez se los figurara en el sueño, aunque a toda hora estuviese adivinándolos en el árbol, en el cielo, en el abismo, en las ráfagas de viento que eran como el hálito de los espíritus. ¿Cuándo podría ver lo que tanto alarmaba a Alepen? Este Alepen era un necio; se espantaba de la presencia de lo prodigioso. En cambio, cuando él pudiese ver . . . ¡Ah! . . . ¡Aquél sería el día más feliz de su vida!

Los demás escucharon a Alepen con gestos de convencional espanto, y Jaro, desde su escondite, imitaba aquella mímica, tratando de sentir como ellos. El más fuerte emitió un grito gutural y todos corrieron a los toldos; se embadur-

naron el cuerpo con pintura roja, salieron con sus arcos, y, formados en tropel de guerra, se dirigieron al bosque. . .

El anciano se quedó junto a Alepen y le puso una mano sobre el hombro.

—Ahora me acompañarás de nuevo al bosque —le dijo—. Irás pintado con trazos blancos en el rostro. Estás a punto de ser un hombre.

Alepen asintió confundido.

—Allá oirás de mis labios todo cuanto debe saber un aprendiz de hombre —agregó el anciano.

—¡Short. . . , Jalpen. . . , Tano. . . , Jachai! —musitaba dulcemente Jaro con su aire de soñador precoz. Y, cuidando de que no se notara su presencia, echó a andar tras el grupo de los hombres.

Ya en la espesura, Jaro trepó ágilmente a lo más alto de un corpulento árbol. Sus ojillos brillaban felices. Puso oído atento al lenguaje de los pájaros de mil especies sobre el rumor de

los árboles y los arroyos. En aquel escenario presentía a los seres impalpables que encendían su mente.

“Short . . . , Jalpen . . . , Tano . . . , Jachai . . . ”

La ansiedad lo excitaba con súbito escalofrío y lo embriagaba de vago placer. Vio desde su atalaya cómo el anciano se sentaba en un peñasco e invitaba a Alepen a que lo imitase, diciéndole luego con voz grave:

—Pronto serás un hombre, pues ya eres un *cockletem*. Deberás pasar por las pruebas del valor, de la amistad, del amor. Serás generoso con los amigos; bondadoso con los ancianos. Jamás perdonarás las ofensas, y te vengarás siempre, no sólo de tus propios enemigos, sino de los de tu familia y de tu tribu . . . ¿Y las mujeres? . . . ¡Ah las mujeres! Escúchame bien. Serás cariñoso con ellas, pero jamás les darás a conocer tus pensamientos. ¿Me entiendes, Alepen? ¡Jamás!

El anciano apuró sus consejos, y, como quien

repite algo que está acostumbrado a decir con frecuencia y de memoria, agregó:

—Deberás ser valiente y no darás gran importancia a la comida ni a las comodidades. Ahora te quedarás solo, pensando en lo que has oído de mí y en tu nuevo estado.

Alepen volvió a tener miedo. Quiso decir algo, pero en ese momento el anciano le repitió:

—Eres un *cockletem*. Pronto serás un hombre.

Y ante tal evidencia, Alepen sacó fuerzas de flaqueza y se quedó solo, sumido, al parecer, en hondos pensamientos, con la cabeza entre las manos.

Por eso tardó en ver lo que ya habían sorprendido, hacía unos instantes, los ojillos maravillados de Jaro. Lentamente, y como si hubiesen salido de los árboles, fueron apareciendo los espíritus y rodeando en silencio al meditabundo Alepen. Jaro no podía gritar para no traicionar su presencia, pero se mordía hasta casi sangrar para contener un grito de sobresaltado

y dulce susto. ¡Allí estaban todos los espíritus!

—Short... Jalpen... Tano... Hashé...  
Quemanta... Oleming... Keternen...

De pronto se oyó el conocido cuju-cujo de Hashé, y Alepen, como quien vuelve de un sueño, levantó la cabeza y dio un alarido de espanto al verse en medio de aquella asamblea de terribles poderes. Quedó paralizado. Temblaba como una hoja. Jaro, en cambio, observaba minuciosamente, y repuesto del primer asombro, tomaba cumplido detalle de las trazas y rostros de los espíritus.

A los gritos de Alepen, volvió el anciano. Puso sus manos sobre los hombros del sobrecogido joven y le dijo con bondadosa severidad:

—No temas, *cockletem*. Nada hay superior al hombre. Los espíritus son mentiras; creaciones nuestras...

Y volviéndose a ellos les dio una orden. Todos se quitaron las máscaras y dejaron caer las vestiduras. En lugar de Short, y Jalpen, y Tano, y Hashé, y Quemanta, y Oleming, y Keternen,

quedaron al descubierto siete caras amigas: cazadores de la tribu, *johons*, estaqueadores de cueros, pescadores de arpón. Las diosas Jalpen y Tano no eran más que un par de buenos y pacíficos gordos avejentados que se pusieran en el pecho unas bolsas para remedar los senos femeniles. Los trajes, de vivos colores, de los espíritus eran cueros de guanaco y nutria de mar, hábilmente sobados y teñidos.

Alepen, al conocer la verdad, tuvo una sonrisa de alivio, y luego una expresión de vergüenza.

En cambio, Jaro, en la cima del árbol, se había puesto mortalmente triste. Una sombra cubría su rostro. Los ojillos, siempre ansiosos de prodigio, tenían una niebla de desencanto. La boca se torcía en un gesto de decepción. Finalmente, se puso a llorar.

El anciano explicó entonces a Alepen:

—En un pasado no lejano, las mujeres dominaban en Oneisin. Los hombres éramos sus

esclavos, y soportábamos las más rudas tareas de la vida en común. Pero descubrimos que las mujeres temían a lo sobrenatural; y como necesitábamos librarnos de su tiranía, inventamos los espíritus. Disfrazados, nos aparecemos ante ellas de vez en cuando, haciéndolas obedecer por miedo a lo desconocido. Cuando un niño va a convertirse en hombre, se le revela el secreto. Eso es lo que hemos hecho contigo. Si cuentas lo ocurrido a una mujer o a un niño, morirás. Ahora, *cockletem*, ya eres un hombre...

Los falsos espíritus procedieron a ocultar en algún sitio del bosque sus disfraces. Alepen, convertido en hombre, acompañó al anciano.

Y desde la copa del árbol más alto del bosque cayeron las lágrimas de Jaro, el niño poeta. ¡Todo aquello era una mentira! ¡Ya nunca podría creer en nada!

El desencanto fue tan doloroso, que perdió el juicio. Nada pudieron hacer los *johons* para curarlo.

Pasaron los años y Jaro siguió siendo el hom-

bre-niño que jamás quiso iniciarse en el *coc-  
kletem*, y llevó a cuestas el desprecio de todos,  
vagando por el bosque como un extraño espí-  
ritu, el triste espíritu de la ilusión perdida.

## *El Arquero del Bosque*

EN LO ALTO del cerro detuve mi cansado caballo.

Atrás había dejado la rala vegetación agarrada al suelo con gesto desesperado; el oleaje estremecido de las lagunas y los pajonales; la carrera incesante de las nubes por el ancho cielo y de sus sombras por la inmensidad desnuda de la pampa: el desolado paisaje donde reina el huracán. Hacia adelante, mi mirada tropezaba ahora con las abruptas montañas de las nieves eternas, en medio de cuyos boscosos faldeos se engastaba, como una esmeralda, el lago Winteke.

Por entre riscos y calafatales descendía la casi borrada senda que terminaba frente a la cabaña, rodeada de helechos y fucsias, donde Kuppen cuidaba su fuego y guardaba sus recuerdos.

Yo había pasado muchas tardes de aquel verano escuchándola con recogimiento y adentrándome en el arcano milenario de las tribus que, en su incesante deambular, habían marcado toda la extensión de la Isla Grande con el resplandor de sus fogatas, dando nombre al confín más austral del mundo: ¡Tierra del Fuego!

Kuppen me miró llegar con un brillo complacido en sus ojos oscuros, y, como si nunca hubiéramos interrumpido nuestra conversación, comenzó a decir:

—No todo era paz en las tierras de Oneisin. Muchas veces los hombres se pintaban de rojo la cara, el pecho y los brazos, y los prudentes cazadores se convertían en fieros guerreros...

"En los faldeos de la montaña de Hantu

acampaba una numerosa toldería cuyos habitantes gozaban de vida tranquila y feliz.

"Pero llegó un tiempo en que los niños de la tribu comenzaron a enfermar de extraño mal, y, a pesar de los cuidados que se les prodigaron y de que el viejo *johon* Koo usó de todas sus artes, no había día en que no muriera alguno. El llanto y el luto reemplazaron la alegría y la felicidad de antes.

"Una tarde, Koo, cuya ciencia resultaba impotente para curar a los niños, reunió a los ancianos y a los cazadores para revelarles que ya había descubierto el origen del mal: el hechicero Yoshken, el *johon* de la tribu acampada a orillas del lago Shaipot, movido por la envidia y usando ocultos poderes, era quien les enviaba el maleficio.

"El odio y la indignación exaltaron a los hombres de la tribu, que prorrumpieron en horribles gritos, clamando castigo; y esa misma noche, al amparo de la sombra y sin que nadie lo supiese, una partida de jóvenes ardorosos

tomó el largo y difícil camino del lago, para poner fin con sus propias manos al maléfico poder que los estaba aniquilando.

"Al amanecer del tercer día corrió de boca en boca, en la tribu del lago Shaipot, la noticia de la terrible muerte de Yoshken, el poderoso mago, cuyo cuerpo estaba clavado al suelo de su *kaowe* por flechas tan largas como las ramas del calafate blanco que crecía en la montaña de Hantu. Quedaba un solo camino de desquite: ¡la guerra!

"La tribu de Koo, alertada por sus espías de la decisión de los hombres de Yoshken, no conoció descanso. El *johon* puso bajo el mando de Rolio, un espigado y fuerte mocetón de mirada inteligente y actitud decidida, a los más jóvenes y osados cazadores, exigiendo de cada uno que regresara cada tarde con un guanaco sobre las espaldas.

"La tribu debía quedar bien aprovisionada de carne; las mujeres tendrían que preparar las capas que servirían de escudo y parapeto a los

guerreros; los ancianos elegirían los nervios y los tendones con que se armarían las flechas y se torcerían las cuerdas para los arcos; los muchachos recién iniciados atraparían en las vegas y lagunas caiquenes y cisnes, y, del bosque cercano, los más experimentados traerían los troncos de hayas y las ramas más rectas y firmes de los calafates para dar a cada hombre un arco nuevo y una nueva provisión de flechas.

”Ya no había horas de holganza, ni hombres echados sobre los quillangos, ni niños escuchando embelesados viejas historias. Los jóvenes llenaban todo su tiempo adiestrándose en las tácticas del combate. Rolio los conducía en largas marchas por los cerros empinados, veloces carreras por la maraña del bosque, cruces de las aguas profundas y rápidas de los ríos, saltando entre las piedras o tomándose de las manos para resistir la correntada. Por las tardes ejercitaban su puntería sobre las aisladas parejas de bandurrias que cruzaban el cielo o la zigzagueante carrera del zorro entre las matas. Los

más diestros artesanos preparaban los arcos y las flechas, usando con habilidad las toscas herramientas para sacar de bajo la corteza de las hayas la madera resistente y flexible que daría arcos tan largos que llegaban hasta el hombro del guerrero. De las ramas de calafate blanco, rajadas en cuatro y enderezadas al fuego, pulían otras tantas flechas y les aplicaban las agudas puntas de pedernal pacientemente tallado y las dos plumas de ala de cisne o caiquén que darían dirección a la saeta.

"Un día Koo dio la orden. Todo estaba pronto. Había llegado el momento decisivo. Se plegaron los toldos y las mujeres cargaron otra vez con sus hogares errantes. Los rayos oblicuos del sol fueguino alargaron una vez más sobre la pampa la silueta de una lenta caravana de sombras encorvadas por atávica servidumbre y agobiadas, ahora, por un incierto destino. Hasta las jovencitas ayudaban a transportar las provisio-

nes y las armas de repuesto de los guerreros. Había que dejar a todos los hombres en libertad para la lucha.

"A las pocas jornadas, los vigías de ambas tribus dieron la voz de alarma. Las mujeres buscaron lugares seguros donde, en caso de que la suerte les fuera adversa, podrían esconder a sus hijos, tapándolos con ramas y tierra, alejándose luego a regular distancia para desorientar a los contrarios con grandes gritos y lamentos.

"Los guerreros de ambas tribus se situaron sobre unas lomas en campo abierto, semiocultos entre los bajos matorrales. La pampa se extendía entre un tupido bosque de robles y el cauce pedregoso de un río. Con los desnudos cuerpos pintados de rojo; sobre sus cabezas el obscuro *cochel*, cazador; pendiente del brazo izquierdo la capa de guanaco a manera de escudo; empuñando el arco con la diestra y tomando con los dientes la aljaba repleta de flechas, las dos líneas enemigas fueron acortando

distancias hasta que quedaron frente a frente, observándose, sin decidirse a comenzar el combate.

”Los del lago Shaipot resolvieron entonces provocar a sus atacantes. Entre todas sus mozas eligieron a la más bella, la desnudaron y la obligaron a ponerse de pie en un promontorio fuera de los parapetos. Uno de los más feroces guerreros incitó a sus enemigos con gestos procaces, mientras les gritaba:

”—Estas son nuestras mujeres. Si sois hombres, ¡venid por ellas!

”El reto desencadenó la batalla con furia. Millares de flechas entrecruzaron su diálogo de muerte, incrustándose en escudos y defensas. Los gritos de guerra, las injurias y los alaridos de dolor llenaron el aire.

”Los hombres de la montaña de Hantu, excitados por el ánimo de venganza y por la tentación, cuya imagen era la bella adolescente, redoblaron su furor combativo. Sin embargo, el más esforzado de los guerreros se quedó in-

móvil, atónito. Rolio había reconocido la figura que sus enemigos exhibían al frente de sus líneas. Allí estaba esa adorable muchacha que él viera apenas una vez en una de sus andanzas, pero que siempre llevaba en su recuerdo como el ideal del amor y la belleza. Allí estaba, confundida de vergüenza por el escarnio que hacían de su pudor y expuesta al vejamen y a la muerte.

"Rolio salió de su estupor. De un salto se puso frente a las líneas, y, en veloz carrera, entre el silbido de las flechas, esquivando con inaudita temeridad los dardos y las piedras, llegó hasta el pedestal donde se alzaba la joven. La súbita acción de Rolio paralizó a los guerreros. Envolvió en su capa a la muchacha y llevándola en brazos desapareció con ella en el bosque cercano.

"Repuestos de la sorpresa, los enemigos, afanados los unos en apresar a la joven e impulsados los otros por el deseo de castigar al audaz raptor, se lanzaron contra los refugiados del

bosque. En breve plazo los rodearon y fueron estrechando el cerco para evitar su evasión.

"Rolio se defendía con bravura, disparando rápidamente sus flechas, mientras señalaba a la joven un lugar seguro fuera del alcance de los atacantes. Pero ella, prendada del hombre que con su audacia la había salvado del apetito de unos y de la jactancia de los otros, se dispuso a morir a su lado. Rolio esquivaba hábilmente las flechas que iban a clavarse en los añosos troncos o se perdían en la tupida maraña de la selva. Los pájaros habían huido y el bosque milenario quedó silencioso. El cerco de los atacantes se cerraba inexorable. Detrás de cada árbol había ya un enemigo, pronto y despiadado. Rolio afinaba la puntería y a cada disparo suyo respondía un grito de dolor o el ruido de un cuerpo que caía pesadamente al suelo. La joven de la tribu del lago, cada vez más admirada del increíble valor del guerrero, recogía las flechas que caían cerca o arrancaba con gran riesgo de su vida las que se incrusta-

ban en los árboles y con ellas rellenaba la aljaba de Rolio. La ayuda de la joven renovaba las fuerzas del guerrero, que multiplicaba su acción con mayor denuedo. Ya no luchaba por su vida. Luchaba por su recién nacida felicidad.

"Largo tiempo se prolongó el inaudito combate; la joven pareja no se rendía, y cada vez eran mayores las bajas debidas a los certeros flechazos de Rolio. Ya los rayos del sol se filtraban oblicuos por entre las altas ramas y no tardarían en llegar las sombras de la noche.

"Los atacantes, admirados ante tan denodada resistencia, resolvieron hacer una tregua. Los que fueran amigos antes y eran enemigos, ahora habían llegado a olvidar la verdadera causa de la guerra para unirse en un deseo común de venganza contra una pareja de jóvenes que demostraba estar animada por una fuerza sobrenatural. Y el viejo *johon* Koo, aquel que sin calcular las consecuencias había lanzado a las tribus al combate, meditó largamente y dijo:

—Esos dos que contra nosotros luchan en defensa de sus vidas, están unidos por algo mucho más grande que la venganza: el amor. Si nosotros, por venganza, nos juntamos, dejemos que ellos, por amor, ¡se unan para siempre!

Depusieron sus armas los guerreros y dejaron salir de la espesura a Rolio y su amada. Ella había recibido una herida en el dorso de la mano, pero no sentía dolor: la cicatriz le recordaría siempre que había detenido una flecha que iba certera al corazón de Rolio.

Desde entonces, muchas lunas vivieron en paz ambas tribus a orillas del lago Shaipot y en las montañas de Hantu. El *johon* Koo murió venerado por todas las gentes de Oneisin, pues fueron muchos los enfermos que sanó sacando de sus cuerpos los malos espíritus. Y Rolio, el arquero del bosque, y su mujer fueron felices en medio de la algarabía que en torno a su *kaowe* elevó la ronda alegre de sus muchos hijos.

La anciana Kúpen cerró los ojos como para evocar mejor sus lejanos recuerdos, y su rostro se iluminó con una vaga sonrisa. . .

—Kúpen —la reconvine suavemente—, no me has dicho el nombre de esa bella muchacha de la tribu del lago. . .

—Lo he olvidado. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Y cuando Kúpen empuñó la rama de roble para avivar las brasas, observé que el dorso de su mano derecha estaba surcado por una antigua, casi invisible, cicatriz.

## *El Espejo del Lago*

PASABAN los días y arreciaba el temporal. Cuando ya se esperaban los deshielos de la primavera, el invierno había cobrado inusitada crudeza. Poderosas nubes de tormenta obscurecían el cielo; gélidas rachas de huracán aterían animales y plantas.

Ni un pájaro florecía con sus trinos en las ramas retorcidas de los coigües, ni un flamenco encendía sus rosas en la llanura helada del lago. Las huellas menudas de los tucutucos, las sendas astutas de los zorros y hasta las pisadas profundas y espaciadas de los guanacos desaparecieron . . . , y la flor del calafate, dura chispa anunciadora de la primavera, se había

apagado nuevamente con el frío. El suelo estaba duro de escarcha y el panorama se aletargaba bajo la gruesa capa de nieve.

Entre la montaña hosca, con su faldeo de bosque raquíptico, y el gran lago, que se extendía hasta perderse en brumas rayadas de ventisca, se malparaban unos toldos hechos de palos torcidos y cueros secos de guanaco. De ellos salía un humo pardusco, rastrero, que ensuciaba el armiño del paisaje fueguino.

En el interior de los *kaowes*, atosigados por el humo, rodeados de desperdicios, los niños lloraban desesperados. En los primeros días del temporal, las madres les habían dado a chupar pedazos de cuero para entretenerles el hambre; pero ahora, extenuados, la sentían como agudo dolor en sus vientres hundidos. Las mujeres, con las manos temblorosas, vacías de quehaceres y los ojos secos conteniendo el llanto, se acurrucaban inmóviles y calladas en los oscuros rincones. Los hombres, bravos cazadores y ancianos, con la mirada clavada en las brasas,

envolvían en un silencio impenetrable su hambre y sus temores.

Una ráfaga huracanada crispó el paisaje; agacharon sus copas los coigües, mientras caían de sus hojas estremecidas finos cristales de escarcha; el cielo estaba arrugado de nubes como el ceño de un dios furente. En el tolderío se espesaba la ansiedad.

Todos aguardaban que Alepen, el *johon* de la tribu, hiciera el gesto o musitara su palabra. Muchas veces el hechicero había usado de sus artes mágicas para curar el maleficio o detener un turbión. Pero esta vez, Alepen estaba en lo interior de su tienda, en cuclillas frente al fuego, inmóvil y preocupado, removiendo incesantemente con una rama de roble la ceniza de su hoguera. Sus ojos estaban cansados, como si una araña les hubiese tejido un velo triste; sus labios hendidos parecían una vieja cicatriz. A su lado estaba su nieta Coyla. Era una niña que sólo había visto florecer la púrpura de los chilcos de trece primaveras, pero ya sus formas

apretadas se insinuaban bajo el *oli* de blancos chulengos. Tenía, bajo el flequillo prolijamente recortado, una mirada húmeda y tierna; su boca era breve y graciosa, y, al sonreír, se iluminaba en una hilera de dientes parejos y blancos.

Coyla no estaba temerosa. Sabía que su abuelo habría de salvarlos a pesar de que los días cortos y oscuros y las noches largas y gélidas se sucedían sin que el anciano dijera su palabra.

—¿Por qué, abuelo, no haces que brille el sol? . . . Si apareciera con sus flechas mataría a las nubes malas.

Siempre había recibido Alepen con alegría las candorosas palabras y ruegos de su nieta, pero esta vez no pudo sonreír.

—No, Coyla; nada puedo hacer. Sólo veo tristes presagios. El espíritu blanco ha desatado sus furias sobre nosotros.

—¿Es porque Jalits comió carne maldita? Movi6 tristemente la cabeza el anciano.

—Sí —murmuró—, es Jalits quien nos ha

traído desgracia. El *mehn* de la tormenta no perdona a aquellos que profanan sus creencias comiendo carne de zorro. Son ellos, los zorros astutos, los que devoran a nuestros muertos; por eso en sus vísceras y en su carne sólo hay maldición.

—Pero él tenía hambre, abuelo.

Levantó el anciano la vista que tenía clavada en las llamas y la posó en el bello rostro de la joven. Le hizo una seña con su mano sarmen-tosa para que se acercase, y, como si sacara la voz de un remoto pasado, le habló de esta ma-nera:

—¿Tú me crees muy viejo, verdad? Pero el mundo, Coyla, está amasado por la experiencia de muchos viejos como yo, que fueron entre-gando, como la luna en cada noche y el sol en cada día, esa luz indispensable para que los hombres no tropiecen en el camino de su vida. Estas experiencias son las leyes que los dioses nos imponen y los viejos enseñamos, y que ha-cen posible que prevalezca la sonrisa y surja el

amor. De ella se alimenta la paz entre los hombres, de él nace y se perpetúa la vida. Hasta las bestias tienen leyes y las respetan. Aquí mismo, en nuestras pampas, ¿no has visto alguna vez cómo mueren los guanacos cuando desaparecen el coirón y la mata negra bajo la nieve, y el fuego ha quemado las carnosas hojas del canelo? Podrían ellos comer algún animal muerto. Pero, no; prefieren morir . . . , morir de hambre.

Y el viejo Alepen prosiguió en tono sentencioso:

—La naturaleza tiene sus leyes y los hombres tenemos las nuestras que debemos cumplir. Nada más bello que el amor, pero en Oneisin no nos casamos entre hermanos; nada más digno que la independendencia, pero en Oneisin respetamos y obedecemos a nuestros padres; nada más legítimo que la libertad, pero en Oneisin tenemos que respetar la dignidad del hombre y el mandato de los dioses, ¡aunque muramos de hambre! . . . Jalits ha cometido un acto

horrible. Podemos usar las hermosas pieles de los zorros, pero no debemos comer de su carne; esa presa sólo es digna de la inmunda voracidad de los caranchos. Por eso, Coyla, cuando supe que Jalits había cometido su profanación, advertí a los hombres de la toldería que sólo desgracias podíamos esperar.

Alepen observó que los ojos de su nieta se llenaban de lágrimas. Ella quiso ocultar su pena y avivó las brasas que encendieron el perfil del viejo cacique con extrahumano resplandor. Quedaron en silencio. Volvió a obscurecerse el interior del *kaowe* como si hubiera caído sobre él una bruma de funestos presagios.

—¿Sabes si alguien más ha probado de la carne maldita?

—Halimink me ha asegurado que nadie —  
repuso Coyla, en un suspiro.

En la penumbra, los ojos del *johon* cobraron nueva vida, como iluminados por dentro. Su rostro pétreo comenzó a surcarse en gavillas de

arrugas y del fondo de su misterio extrajo una sonrisa de bondad:

—Dime, Coyla, ¿es cierto que él te ha mandado su arco?

La niña soltó una risita que retozó como el saltar de un diminuto chincol.

—Ya lo sé todo. Sé que quiere casarse contigo. En la primavera, ¿no es cierto? Serás feliz, hija mía, muy feliz —anunció la voz profética del viejo mago—. Serás la novia más hermosa de Oneisin, y Halimink, el más dichoso de los enamorados. Tendréis el *kaowe* junto a un sonriente manantial, donde, entre helechos, florecerán las verónicas y se agitarán de alegría las rojas campanillas de las fucsias, al compás del canto de los zorzales y el incesante parloteo de las caturras. . . .

Se fueron cerrando lentamente los ojos de la joven, arrullada por la voz del abuelo que seguía enhebrando la poesía del amor. La imaginación de Coyla entreveía la dicha que le pintaba con tan maravillosos colores el anciano

hechicero. Evocaba los ardorosos ruegos del joven y la forma en que ella, coquetamente, los rehuía. Pero, en verdad, ¡cuánto lo amaba!

La otra noche, mientras el abuelo dormía, Halimink, envuelto en una ráfaga de viento, había llegado hasta su tienda, dejándole en silencio su arco preferido. Cumplía así el joven con la ley ancestral, entregando al símbolo la serena expresión de sus sentimientos; el arco significaba toda su vida: era el arma guerrera y cazadora que defendía el terruño y garantizaba el alimento. Por eso, cuando le apareció en la esperanza la imagen de la mujer digna de compartir su fuego, se llegó a ella y silenciosamente le ofreció su arco. Sólo en el caso de que Coyla se lo devolviera personalmente habría matrimonio para la luna nueva...

Halimink, en su *kaowe*, velaba inquieto en esa larga noche de invierno y sentía sobre sí toda la vergüenza por lo que había hecho su padre.

Pero lo amaba y no quería entristecerlo reprochándole nuevamente su execrable actitud. En su exaltada imaginación germinaban todas las fantasías. ¿Le entregaría personalmente Coyla algún día su arco? ¿O ella también, ahora, lo despreciaría por lo que había hecho su padre? Pensaba entonces que debía hacer algo por esa gente encerrada en la doble amenaza de la tormenta y el maleficio. Se desconsolaba al pensar que todos podían morir de hambre. ¡Hasta Alepen, el *johon*, se negaba a decir su palabra para que cesara la tormenta!

Miró a su padre y lo vio dormido, envuelto en la hermosa capa de finos guanacos que él cazara especialmente la pasada primavera. Estaba viejo y ya no pensaba como antes; se pasaba todo el día riendo y llorando, como si hubiera vuelto a ser un niño.

En el reducido interior del *kaowe*, que sentía ahora como una prisión infamante, Halimink se desesperaba por encontrar una forma, un ac-

to, un heroísmo, hasta un supremo sacrificio, que redimiera la ofensa cometida.

Poco a poco se fue fijando en su mente la audaz decisión de salir de aquel encierro, de aventurarse en medio de la tormenta, de ir, más allá del lago helado, hasta los mismos escondrijos donde se guarecían los animales, y volver cargado de carne noble, para salvar del suplicio del hambre a la tribu. Algunos ya habían intentado cazar en los alrededores; él mismo había tenido que volver exhausto y con las manos vacías. Sabía que si se alejaba a más de una jornada, la nieve enceguecería sus ojos; se perdería en un desierto fantasmal donde las huellas se borraban al instante, cubiertas por la nieve, y terminaría quedándose dormido para convertirse en una víctima más del espíritu blanco.

Era medianoche. El viento y la nevisca arreciaban cuando salió a la intemperie sin luna, como una sombra más entre las sombras, el joven cazador. Anduvo algunos pasos, evitando

que se oyeran sus pisadas que crujían en la nieve. Comenzó a avanzar hacia la orilla del lago. Pronto sus pies sintieron el hielo, duro, plano, resbaladizo. Mientras caminaba, iba pensando en su amada Coyla. Era para ella su sacrificio. Jamás retornaría sin traer el alimento salvador. Entonces todos volverían a respetar a su padre y se olvidarían para siempre las torvas profecías del *johon*.

El viento amainaba. El frío caía vertical como si mil espinas quisieran taladrar su manta de guanaco. Tenía que caminar sin detenerse, pues si se cansaba y caía en el sueño, no despertaría más.

Al comenzar el invierno anterior, había descubierto a dos jornadas un refugio que utilizaban las tropillas de guanacos cuando arreciaba el vendaval o se enroscaba la tormenta. Era en las escarpaduras de la montaña rocosa, junto a la cascada que caía entre los roquedales. Allí, al amparo de los vientos y guarnecida del frío y la nieve, solía esconderse la guanacada.

Una luz lechosa se fue derramando sobre el paisaje, emborronando sombras donde antes sólo había tinieblas. El día avanzó tímidamente con indecisa claridad.

De pronto Halimink vio a la distancia una imprecisa mancha rosada. Creyó que era un espejismo como aquellos que aparecen cuando el sol reverbera sobre los coirones de la pampa. Pero, no. Aquello estaba en el borde opuesto del lago. ¡Llegaba ya a la otra orilla! La pincelada rosa se le hizo más clara. “Qué raro . . . , ¡flamencos! —pensó—. ¡Qué extraño! . . . ¡Tan al sur con este frío!” Puso su oído sobre el hielo. Todo era silencio . . . , como si el día despertara para los muertos.

Siguió avanzando cautelosamente. Veía con claridad los flamencos, sobre la orilla del lago, con su larga y delgada pata metida en el agua. Se acercó más y más. Tuvo un gesto de asombro. Los flamencos no hacían movimiento alguno; estaban como dormidos, inmóviles. A medida que avanzaba, la risueña visión de los her-

mosos pájaros comenzó a cobrar un aspecto macabro. Algo había de opaco en su plumaje; algo, en la inmovilidad de sus figuras, que el espejo del lago duplicaba. Algo añejo, desteñado, cruel.

Cuando llegó junto a ellos, pudo comprobar, con espanto, lo que jamás había visto: centenares de flamencos estaban allí, clavados en el lago, atrapados por el hielo, petrificados, ¡muertos! Quizás se habían dormido y una súbita helada había caído sobre ellos, convirtiéndolos en figuras de hielo. . . .

La brisa despeinaba su plumaje ahora opaco y marchito como resea hojarasca.

Le produjo horror aquel cementerio rosado.

Dejó atrás la desoladora visión con sus quietos fuegos fatuos en la orilla del lago, y se internó hacia el faldeo de la montaña rocosa, en busca del refugio de los guanacos.

Halimink estaba cansado. Sentía agarrotados los músculos de las recias piernas mientras trepaba las peñas que lo acercaban a la casca-

da. Al fondo se imponía la montaña de piedra, como una deidad inaccesible. Reinaba la más absoluta quietud; sólo oía el palpitar de su corazón. Aguzó la mirada. Comenzaba a descubrir entre las vertientes rocosas una oquedad mostrando las obscuras estrías de los filones de pizarra. Algunos árboles, pesados de nieve, quebraban la dureza del paisaje con la solemnidad de su verde profundo.

Inesperadamente arrancó del silencio, rebotando en los ásperos farellones, el clarín de una aguda carcajada. El corazón le dio un vuelco. Reconocía el relincho del guanaco. "Aquí está —se dijo—. Es un macho. Debe ser el mayor de la manada." Y empuñó con fuerza el arco entre sus dedos de diestro cazador.

Orilló la montaña entre los abruptos faldeos sin hacer ruido. Siguió en dirección contraria al viento para no ser percibido por el fino oído del celoso vigía. Poco a poco se fue deslizan- do sobre las rocas, sintiendo sobre su cuerpo el frío quemante del hielo. Al parecer, los guana-

cos estaban muy cerca. Atento al menor detalle, observó que detrás de una peña se levantaba una nubecilla tenue, semejante a la que su propio aliento formaba en el aire frío. Se acercó sigiloso y vio que un vaho intermitente surgía de un pequeño orificio en la nieve. Esbozó una sonrisa, y, con rapidez, se puso a cavar con las manos. Trabajaba con vértigo.

Halimink introdujo la mano. Sintió un bulto tibio, tembloroso. Metió ambos brazos y extrajo un pequeño guanaco, un chulengo recién nacido, que lo miraba con ojos asustados. Atrajo al animalito hasta sentir sobre la cara el aliento tibio que salía del hocico negro y aguzado. El animal había sido atrapado por la tormenta. Un remolino de nieve lo cubrió durante la noche y se había quedado allí, calentado por su propio cuerpo en su *kaowe* de cristales finos.

Avanzó con el chulengo entre los brazos. “Ya está cerca la primavera y las guanacas comienzan a parir”, pensaba. Siguió caminando, mien-

tras se decía que éste sí sería un lindo regalo para Coyla. ¡Qué alegre se pondría si él lograba llegar con el chulenguito vivo!

Siguió trepando por un estrecho canalón que lo conducía hacia un abra entre las rocas. Sintió un ruido extraño, como si súbitamente se hubiera deshelado la catarata. Miró hacia arriba y la vio inmóvil, detenida en su fluir, como un endurecido derrame de esperma. Bajó la vista y advirtió con estupor que una veintena de guanacos arremetía en loca carrera contra él. Sus patas ágiles avanzaban dando grandes saltos. Dejó caer el chulengo, que se fue brincando. Intentó recoger el arco, que se le había caído; pero un guanaco fornido y alto, con las orejas gachas, se le vino encima, embistiéndolo violentamente con el pecho. Halimink cayó al suelo y sintió sobre sí, mientras se protegía la cabeza con las manos, pasar las finas patas de los guanacos. . . ., que se fueron galopando hacia la llanura, mientras sus relinchos gozosos se

oían como una larga carcajada. Era como si riera toda la montaña.

Todo le daba vueltas. Un brillo violento le llenó los ojos con un duro reflejo; los oídos se le inundaron de un sordo rumor que fue creciendo, creciendo, como el oleaje de un mar embravecido . . .

Mientras tanto, en la toldería de junto al lago reinaba una esperanzada inquietud. Alepen, el *johon* de la tribu, tras aventurarse varias veces fuera de su abrigado *kaowe* y atisbar atentamente el cielo, había ordenado a su nieta:

—Ve de toldo en toldo y avisa a los ancianos y a todos los hombres capaces de empuñar el arco que estén atentos, tan pronto comience la anohecida, a la señal luminosa con que el *mehn* blanco hará cesar la tormenta y nacer la primavera . . .

Halimink tenía la boca seca cuando despertó. El reflejo y el ruido ahora sí que eran insufribles. Estaba tendido en el suelo. Cogió un poco de nieve que se derritió entre sus manos; sació así su sed y se lavó la cara. Le dolía la cabeza. Tomó su arco y su aljaba y recogió los restos de su hermosa capa de guanaco. Miró hacia el cielo. Pomposas nubes blancas corrían por él, y entre ellas vio unos inmensos huecos azules. El sol rebotaba en mil partes, sacando chispas hirientes de luz. Era la media mañana. Miró hacia el fondo y vio cómo ahora se precipitaba desde la altura el combo torrente de la cascada.

Reanimadas sus fuerzas, comenzó a estudiar el terreno. Estaban muy claros los rastros de los guanacos. Comenzó a seguirlos, pacientemente, taimadamente. Encontraría la manada. ¡No volvería a la tribu sin su presa!

Fue una larga carrera, un acecho en que puso a prueba su ciencia de cazador experimentado. Siguiendo las huellas, buscó los atajos, repató entre las matas, hasta que, desde una peque-

ña altura, divisó la tropilla. Vio junto a una hembra al chulenguito saciando ahora, sin miedo, su hambre y su sed. Las guanacas y los machos jóvenes pastaban tranquilamente en una ladera, mientras sobre la loma cercana, recorriendo su airosa silueta contra el fondo nevado del paisaje, erguía la cabeza avizora, atentas al menor ruido las largas orejas, un guanaco alto, poderoso, bien formado, de pelaje amarillo rojizo, con el pecho y la barriga blancos. Halimink reconoció en él al ágil y fornido ejemplar que lo había derribado en la mañana. Era el macho que mandaba el rebaño. Estaba muy lejos, fuera del alcance de sus flechas.

Halimink comenzó a avanzar, primero agazapado, y luego con todo el cuerpo pegado a la tierra fangosa. Pronto advirtió que el animal era muy astuto y estaba situado en un lugar desde el cual dominaba una gran extensión. Al amparo de un matorral, el cazador preparó su arco, colocó una flecha, y, asomándose súbitamente, disparó. Pero, junto con su movimiento,

el guanaco dio un brinco y emprendió un veloz galope, seguido por toda la manada. Sus relinchos se perdieron tras los lomajes.

Halimink, ya fatigado por la interminable si-ga, comprendió que tenía que habérselas con un enemigo muy difícil. Cada vez estaba más lejos de dar caza al animal que se le aparecía como un héroe de la llanura, como el gran señor de las soledades. Pero estos lances le acrecentaban el ansia de la victoria. Entre el magnífico guanaco y el joven cazador se entablaba un dramático duelo.

Pensó mejor su plan. Era necesario esperar que los animales se tranquilizaran. Cuidando de no ser visto, comenzó a dar un largo rodeo. Una suave brisa soplaba del oeste y el sol comenzaba a declinar rápidamente. Tenía que volver ambos elementos a su favor. El viento se llevaría los ruidos que involuntariamente pudiera producir; los rayos rasantes del sol encandilarían al guanaco, que no podría descubrir a su perseguidor.

Cuando, atenido a esta cuidadosa estrategia, por fin se enfrentó a la tropilla, tuvo un nuevo desaliento. La distancia le parecía excesiva aún para el fuerte arco que llevaba; pero era ésta su última posibilidad.

Contuvo la respiración. El arco se fue curvando dócilmente entre sus manos poderosas, y la cuerda llegó al límite de la tensión. Todos los músculos del cuerpo respondían al esfuerzo. El guanaco levantó las orejas; irguió su perfil insolente. Dio un gran salto, pero ya la flecha había partido silbante y precisa desde el cimbrón elástico de la cuerda. El animal dio un nuevo salto, inmenso, desesperado, y cayó convulso a tierra.

Halimink se acercó satisfecho. La saeta se había clavado en el ijar del guanaco y lo había traspasado de parte a parte. El sol se hundía en el horizonte cuando terminó de descuerarlo. Dividió diestramente el animal en varias piezas y cargó sobre sus hombros un peso superior al suyo propio. El costillar del guanaco, colgando

contra sus espaldas, parecía la enorme dentadura de un animal fabuloso.

Halimink se puso en camino hacia el lago, seguro de que la tribu lejana lo recibiría como al salvador. Pensaba feliz que redimiría a su padre y que ahora sí podría merecer el amor de Coyla. Apenas sentía el gran peso que llevaba encima.

Al llegar nuevamente a la orilla helada, se detuvo. Dudó un instante. Bordeando el lago, necesitaba dos jornadas para arribar a la toltería. ¿Y si lo atravesara, para llegar poco después del amanecer? Miró al cielo donde, entre jirones de nubes, brillaban las estrellas. Se decidió y empezó a cruzar el gran espejo. Iba demasiado entretenido en sus pensamientos para considerar las consecuencias de los cambios del tiempo. No hacía frío; al contrario, sentía sobre su rostro un aliento tibio. "Es la sonrisa de Coyla", se decía. Avanzaba siguiendo el rumbo de los astros que se reflejaban en el hielo. Así pe-

netraba en la noche, llenando con sus pasos las horas y acortando las distancias.

De pronto sintió como un estremecimiento que recorría el lago y que le sobresaltó el corazón. Se detuvo. Miró sus pies: creyó verlos bajo una capa de agua. Sonrió. “Son fantasías — se dijo—; creí haber oído crujir el hielo.” Saltó sobre él. No oyó nada. Lo sintió firme bajo sus plantas. “No hay peligro —pensó aliviado—. En el medio hay más profundidad y el hielo debe ser muy grueso. Es imposible que se rompa. Puede resistir mi peso y el de la carga que llevo. ¡Qué imaginación la mía! Temí que se iba a romper y que el lago, como un pez enorme, iba a abrir su boca y comerme con sus dientes largos como cuchillos. ¡No, señor pez, esta vez no será!” Se puso a gritar, a gritar y a reír: “No, señor pez, esta vez no! ¿No ve que Coyla me espera? . . .” Y corría y reía sobre el espejo del lago.

Era pasada la medianoche. Halimink seguía corriendo, con los ojos puestos en ese impreciso

punto del horizonte, donde sabía que estaba el *kaowe* de su padre, la toldería de sus hermanos. . . ., donde lo esperaba Coyla. Desde el lugar donde estaba fija la mirada de Halimink surgió un punto rojo que se alargó en un trazo chispeante y luminoso que describió una amplia parábola en la bóveda del cielo. Se detuvo impresionado por esta visión alucinadora. Se restregó los ojos. Era, sin duda, la señal de que cesaría el maleficio que pesaba sobre la tribu. Ese trazo de luz en el cielo era la flecha encendida, lanzada contra las nubes por Alpen, el famoso hechicero, como seña ritual de que habían sido aplacadas las iras del *mehn* blanco, que cesaría la tormenta y nacería la primavera.

Para Halimink el trazo luminoso que vio resbalar por el cielo era la imagen de su arco cazador que resplandecía ahora en las manos de su amada Coyla, y que ella le devolvía como la expresión del amor correspondido.

Con el alba despertó la alegría en la tribu de frente al lago. Así como se borraron del cielo los nubarrones, desapareció también de la memoria de los hombres hasta la última sombra de las angustias pasadas. Junto a Alepen, el poderoso y venerado taumaturgo, giraban los hombres, mujeres y niños en frenética demostración de gratitud. Los niños corrían entre los riscos y se revolcaban por el suelo; las mujeres danzaban, profiriendo grandes gritos, y los hombres disparaban sus flechas contra el blanco imaginario de los malos espíritus en derrota.

Sonreía el viejo Alepen al ver recobrada la vida de su tribu.

Sólo había alguien que no estaba junto a la ronda del gozo; cuya voz no se mezclaba a las del delirio de las mujeres. Permanecía muda, con los ojos clavados en el espejo del lago. Tenía entre sus brazos, como si fuera el hijo de su esperanza, un recio arco cazador.

Coyla divisó, en la diáfana claridad matinal,

una figura que avanzaba sobre la cegadora superficie. De su boca surgió el nombre amado:

—Halimink . . . ¡Halimink! . . .

Comenzó a hacerse el silencio entre los miembros de la tribu. Los niños se levantaron manchados de nieve y barro, las mujeres dejaron la ronda de la danza y los cazadores depusieron sus arcos. Coyla avanzó lentamente hacia la orilla del lago, y todos, niños, mujeres, cazadores y ancianos, fueron tras ella en conmovido cortejo.

El joven Halimink ya estaba muy cerca. Se había aligerado de todas las pieles que lo cubrieran y se le veía desnudo, corriendo sobre el hielo, orgullosamente erguido bajo la pesada carga que era la salvación de los suyos y el premio de su esfuerzo. Las altas montañas, con sus nevadas cumbres y abruptos perfiles y los bosques de sus laderas, parecían haberse acercado, y el paisaje de Oneisin, iluminado por un sol radiante, se reflejaba en el espejo del lago...

En la orilla, Coyla, rodeada de la emoción

de toda la tribu, alzó el simbólico arco del audaz cazador y se lo ofreció desde la distancia, adelantando la tradicional señal del consentimiento.

Halimink, animado por nuevas fuerzas, aceleró su carrera. El arco que Coyla levantaba era la prueba de su triunfo. Nada le importaba que sus pies se desgarraran, hundiéndose en los cristales del hielo que crujía por todas partes; pero ya estaba cerca. . . . ¡llegaría! Aquel inmenso pez, sobre cuyo dorso imaginaba estar corriendo, ya no lo atraparía. . . .

Sobrevino un terrible crujido. Y ante la mirada de todos, la superficie del lago, como golpeada por el puño de un dios iracundo, se abrió en mil hondas estrías.

Halimink alcanzó a ver las mandíbulas gigantescas, los agudos dientes, la boca negra que se abría bajo sus pies. . . .

Y los bellos ojos de Coyla vieron cómo se hacía añicos el espejo del lago, y con él, el paisaje entero de Oneisin.

## *El Cazador de Pájaros*

LAS TRIBUS de Oneisin, en su continuo deambular, establecían sus campamentos en lugares altos y despejados, donde los matorrales bastasen para proteger los *kaowes* de los persistentes vendavales del oeste y donde la vista pudiese descubrir sin esfuerzo la aparición de algún peligro. Preferían siempre parajes cercanos a algún manantial para no tener que recurrir al agua quieta de las lagunas. Se quedaban en el lugar elegido sólo los días que se cuentan con los dedos de las manos, salvo que la caza fuera muy abundante o que, en los meses de invierno, los inmovilizara alguna tormenta de nieve.

La gente de la tribu de Alepen se detuvo en

una colina, desde la cual se dominaban la ondulante extensión de la pampa y la sinuosa orilla del mar. En la diluida línea del horizonte se combinaban fugaces espejismos de montañas azules y lagos de plata. Lentamente comenzó la agonía de la tarde. La masa soberbia de las nubes se fue inflamando de oro, de rojo, de violeta. Y empezó, por un rincón del cielo, el largo incendio del crepúsculo.

Elegido el sitio apropiado para acampar, todos los hombres se lanzaron a la cacería. Los ancianos, envueltos en sus quillangos, sentados al amparo de las matas, contemplaban impasibles como, una vez más, las mujeres se desembarazaban de los pesados fardos que contenían las pertenencias de cada hogar. Algunas traían, además, envueltos en el *oli*, a sus pequeños. El destino asignaba, desde muy antiguo, a las sufridas mujeres esa dura tarea, y ahora luchaban contra el viento, tendiendo sobre la armazón de palos clavados en el suelo los paños de cuero raspado que constituían el *kaowe*.

Kewanpe, una mujer de rostro bondadoso y de mediana edad, y la joven y agraciada Ijij, las dos esposas de Talimeoat, terminaron de montar el toldo y colgaron en su interior las bolsas de cuero, los odres, las largas tiras o *mujis* con que amarraban sus fardos, y dispusieron en el suelo las capas dobladas que servían de asiento. Las dos hijas de Kewanpe habían corrido hacia la playa con un morral para los mariscos, y su hijo acompañaba al padre hasta los pajonales para aprender el arte de la caza de aves que nadie en Oneisin conocía tan bien como el famoso Talimeoat.

Mientras Kewanpe sacaba de un *shorren* los rústicos utensilios, las vejigas con aceite de foca y las bolsitas con tierras de colores con que preparaba las pinturas, la joven Ijij se aplicó a la tarea de encender el fuego. Juntó hojas y ramas secas y las dispuso sobre unas piedras a la entrada del *kaowe*. Luego se dirigió a la gran fogata común, de la cual volvió corriendo y agitando un trozo de corteza para que no se apa-

gara. Se agachó para acercarlo a las hojas secas y comenzó a soplar en la naciente hoguera.

Kewanpe, terminados sus quehaceres, se alejó en dirección a la playa para ayudar a sus hijas. Ijij quedó sola, tratando de encender el fuego sin lograrlo. El humo le picaba en los ojos y vio entre un velo de lágrimas cómo frente a ella se agachaba Koiyot, un apuesto muchacho que traía un tizón encendido y una carga de leña. Ijij no debía sonreír, pero sonrió. . . Koiyot debería estar entre los cazadores, pero estaba allí. . . , mirándola con una expresión extraña. Sin una palabra, Koiyot encendió el fuego, echó sobre las llamas su carga de leña y se marchó, con paso calmo, seguro de sí mismo.

Por las noches, al calor de la lumbre familiar, Talimeoat solía contar viejas historias de audaces cacerías que, aunque repetidas, eran escuchadas con siempre renovado asombro.

En su niñez se había adiestrado en el difícil

y paciente arte de cazar en las vegas, juncales y lagunas, valiéndose de trampas hábilmente dispuestas, de lazos disimulados entre los matorrales o de su destreza y rapidez en disparar la flecha cuando las aves alzaban el vuelo. Había aprendido también de niño a descubrir las huellas diminutas, a distinguir desde la distancia los leves gorjeos, a conocer por el movimiento de las ramas el lugar en que se posaban las caturras o los zorzales, a sorprender a la avutarda echada entre las altas hierbas, a saber dónde asomaría el pato zambullido. . . Una hoja picoteada, una rama desprendida, una pluma revoloteando en el viento, bastaban para anunciarle dónde estaba el nido o hacia dónde se dirigía la bandada. . . Por las noches solía cazar patos en las lagunas y arroyos, o aves marinas al pie de los acantilados de la playa, deslumbrándolos con antorchas. Siempre colgaban de los árboles que rodeaban su *kaowe*, como muestra de su habilidad, las más variadas piezas. Pero donde Talimeoat había demostrado

su más refinado arte y sorprendente intrepidez era en la cacería del *kejur*, cormorán de raro y bellissimo plumaje obscuro. Mas los años habían pasado y la caza del *kejur* era una práctica que exigía la flexibilidad y el vigor de la juventud.

Rodeado por la admiración de los suyos, Talimeoat se sentaba al centro del *kaowe* sobre un grueso quillango; sus hijos se acurrucaban en los rincones, y sus dos mujeres preparaban y servían en silencio los alimentos. Abierto por la mitad, algún caiquén o un pato barrero se doraba al fuego; sobre las piedras calientes se abrían los moluscos. A pesar de la abundancia, la familia de Talimeoat, como todas las gentes de Oneisin, se limitaba a saciar el hambre. Terminada la comida, alguna de las mujeres recogía los restos e iba a arrojarlos lejos del *kaowe* a fin de que éste se mantuviera siempre limpio.

Los hijos se dormían soñando con las prodigiosas aventuras que su padre había relatado y que él atribuía a otros cazadores. Las buenas costumbres aconsejaban que nunca un hombre

debía ufanarse de sus hazañas. Pero ¿quién que no fuera Talimeoat podría realizar tales proezas?

Dormidos los niños, Kewanpe entretenía al cazador con los menudos detalles de la vida familiar; contaba entonces cómo las niñas aprendían a preparar las pinturas y a hacer los tatuajes, cómo sacaban de las charcas de la playa sabrosos peces, cómo despojaban a las rocas de su capa de moluscos o en las aguas bajas encontraban erizos y estrellas de mar; cómo iban prendiendo en el ánimo de los hijos los sabios preceptos atávicos: el amor a la limpieza, el desprecio por la obesidad, el respeto por los ancianos, el pudor, la fortaleza. . .

De las dos esposas, ella, por ser la mayor, imponía con abnegación y bondad el tácito mando de la vida hogareña. . . Pero cuando la noche envolvía el *kaowe* con sus sombras, y con el silencio estriado por el silbo del viento, llegaba la hora de la intimidad, Talimeoat prodigaba sus caricias a la joven Ijij, que las reci-

bía en actitud sumisa. En los últimos tiempos se había acentuado esta preferencia física de Talimeoat por Ijij, pero Kewanpe no se sentía celosa por ello, volcando su ternura en los hijos y acallando su deseo en el pesado trabajo de cada día. Era como si se tratase de dos hermanas, que, cada una a su modo, prodigaban al maduro cazador todas las satisfacciones para que su vida fuera feliz.

Una mañana en que apenas soplaba una suave brisa y el sol entibiaba el aire, Ijij fue a bañarse en el ojo de agua que se abría en medio del cercano bosque de hayas. Segura de estar sola, se despojó de su capa, desenrolló el *coyaten* con que se envolvía el cuerpo y aun se quitó el pequeño delantal de cuero raspado que era su prenda más íntima.

Gozaba del frescor de las límpidas aguas del manantial cuando la sobresaltó el alboroto de los teruteros. Rápidamente salió del agua y co-

rrió al sitio donde dejara sus prendas. Frente a ella surgió de entre los árboles la figura de Koiyot, que la miraba con ojos apasionados. Instintivamente su atávico pudor la impulsó a cubrirse con la capa, pero el mocetón se le echó encima y la derribó. Forcejeó Ijij y algunas de sus voces se escaparon por entre la mano del muchacho que le tapaba la boca.

Talimeoat se encontraba cerca de allí, armando unas trampas para cazar bandurrias. Escuchó los ahogados gritos de la joven y rápidamente, empuñando su arco y poniendo en la cuerda una flecha, corrió al robledal. Alcanzó a divisar al hombre que huía. No pudo reconocerlo, aunque le pareció que se trataba de aquel mocetón recién iniciado que en ocasiones había visto rondando su *koawe*. Llegó al lado de Ijij, que, pálida y desgredada, se restregaba los ojos húmedos de llanto y trataba de disimular el ataque de que había sido víctima. Preguntó-le Talimeoat quién había sido el infame agresor. Ijij se limitó a declararle:

—Yo no te he faltado.

La cara de la joven y sus brazos mostraban los moretones de los golpes; pero Ijij, a pesar de los perentorios requerimientos de Talimeoat, no pronunció el nombre del frustrado seductor.

Pasado el mediodía, Ijij y los niños fueron hasta el *kaowe* del venerable Alepen, junto a la gran fogata, a presentar al *johon*, como ofrenda de Talimeoat, unas cuantas de las más hermosas aves que éste había cazado.

Cuando quedaron a solas, Kewanpe, que observara desde la mañana cómo la natural y alegre locuacidad del cazador de pájaros se había tornado en un extraño y resentido silencio, le dijo:

—Siempre has sido feliz, Talimeoat; y seguirás siéndolo, si abres tu corazón. ¿Qué tienes?

El se resistió a responder; pero, ante la bondadosa insistencia de Kewanpe, terminó por contar lo acaecido, sin disimular su indignación

y ánimo de venganza. Kewanpe, luego de escucharlo serenamente, lo llamó a la reflexión:

—No estás seguro de quién es, y tu castigo, en vez de ser justa venganza, podría resultar un crimen. Ella, al defenderse, te ha dado prueba de su fidelidad. Con tu duda vas a matar su amor, y, si siguieres así, Ijij terminará por odiarte e irse con otro.

El cazador permanecía callado, dando vueltas entre las manos una flecha. Kewanpe se levantó del suelo y fue a sacar de una bolsa una hermosísima diadema de plumas.

—¿Te acuerdas de esto?

Lentamente, Talimeoat posó su vista en el hermoso aderezo. Ese *oun* se lo había regalado a Kewanpe cuando se desposaron. En el mismo acantilado de Shilan, a media jornada de allí, había cazado el hermoso *kejur* con cuyas plumas hiciera la diadema.

—Este *oun* es el símbolo de nuestro amor. Cuando tengo una pena o un disgusto, lo miro y vuelve la paz a mi alma. En esta diadema es-

tá todo el orgullo que siento por ti, el más afamado cazador de pájaros de Oneisin. Tú me lo has dado todo, especialmente esos hijos que ambos tanto queremos. Mi vida está colmada; yo sólo quiero que me dejes vivir a tu lado para seguir amándote y sirviéndote; pero...

El rostro impasible de Talimeoat se animó con un reflejo de ternura:

—¿Qué es lo que quieres decirme?

—¿Sabes? Una sola cosa le falta a nuestra bella Ijij para ser dichosa. Yo noto a veces que está triste, y es porque cree recibir sólo tu deseo y no tu cariño. ¿Quieres verla feliz, tan feliz como yo?

Hizo una pausa y luego agregó, decidiéndose al consejo:

—¡Regálale una diadema de *kejur* tan linda como la mía!

En ese momento llegaron de vuelta del tolo de Alepen, Ijij y los niños. Venían alegres, especialmente el muchacho, que no bien transmitió a su padre los agradecimientos del *johon*

cuando le anunció entusiasmado que “el vencedor de las nubes” había dispuesto realizar esa misma noche una cacería de *kejur*, porque “junto con la noche llegaría la lluvia”.

Se miraron Kewanpe y Talimeoat. Este pareció indeciso un instante; luego se puso de pie y salió del *kaowe*. El sol estaba alto y el cielo despejado. Sobre el horizonte, por el lado de oriente, se insinuaban las crestas de unas nubes oscuras, como una lejana cordillera. Entró nuevamente en el *kaowe*, y, sin decir palabra, el cazador de pájaros descolgó los largos *mujis* de cuero de foca.

Sobre el sereno rostro de Kewanpe se dibujó una sonrisa.

La toldería cobró animación. Frente a los *kaowes* se veía a algunos jóvenes alegremente ocupados en sobar y engrasar los *mujis*, que, atados unos a otros, formaban tiras hasta de cuarenta brazas. Otros armaban las antorchas

con trozos de corteza de *washege*, del ancho de una mano y largos como una flecha, amarrando el haz con nervios de guanaco y rellenándolo con hojas secas.

Las mujeres cerraron los toldos, cubrieron el suelo del interior con ramas cruzadas para evitar la humedad y amontonaron tierra a los costados para que no entrase el agua.

Y junto con la noche llegó la lluvia.

A la media noche, los hombres se pusieron en marcha. Alepen, el *johon*, iba adelante, escoltado por Talimeoat, que hacía flamear su antorcha para señalar el camino. Tras ellos, los bulliciosos jóvenes avanzaban entre la lluvia y el viento.

Llegaron al alto promontorio rocoso que se metía como un espolón en el mar. El acantilado caía vertical desde más de cien brazas de altu-

ra y un furioso remolino de olas batía las graníticas peñas de la base. En las hendiduras de ese imponente murallón, los *kejurs* se guarecían en sus nidos cuando la lluvia arreciaba. Allí, con la cabeza metida bajo el ala, permanecían inmóviles hasta que cesaba el temporal. Cuando llegaba la bonanza, el acantilado semejaba una jaula inmensa que se hubiera abierto de golpe, soltando una enorme bandada de aves que se desparramaban por el cielo.

Alepen, erguido sobre una piedra, iluminado por las antorchas que se desgarraban en el viento, dirigía la audaz cacería. Todo se hacía por señas, apagadas las voces por el furioso batir de las olas que se adivinaban en la sima, golpeando y revolviéndose en fantasmal fosforescencia.

Talimeoat, el cazador de pájaros, fue el primero en probar suerte. Se despojó de su *oli*, quedando desnudo. Sobre su pecho fornido y bajo los brazos poderosos se amarró el *muji*. Tenía tomada con los dientes la antorcha encendida,

cuidando que no hiciese llama. A la señal del cacique, cogió con ambas manos la cuerda, y, de espaldas a la negrura del abismo, se fue descolgando, a medida que desde lo alto cuatro fornidos mocetones iban soltando la larga lonja de cuero. Descendió así por el despeñadero entre el torbellino de lluvia y viento que lo azotaba y que amenazaba con estrellarlo contra las agudas salientes. Sus ojos perforaban la obscuridad escudriñando las grietas y vericuetos del acantilado. Dio un tirón de aviso y la cuerda se detuvo. Apoyando fuertemente los pies contra la pared, agitó con su izquierda la antorcha que desprendió una gran llamarada, iluminando en lo profundo de una hendidura el brillo obscuro y sedoso de un bello *kejur* dormido. Talimeoat, con rápido movimiento, lo alcanzó con su mano derecha, atrajo el cuello enroscado del pájaro hasta su boca y le dio una certera dentellada. Crujieron los huesos del animal, que se estremeció brevemente entre los vigorosos dedos. Fue un instante decisivo y dramático en

que el cuerpo entero de Talimeoat se había hecho un nudo de músculos tensos. Luego aflojó la presión de la mano: el *kejur* estaba muerto. Dio unos tirones al *muji* y ascendió rápidamente, apareciendo en lo alto del cabo rocoso con el trofeo del hermoso pájaro.

Esta hazaña animó a los jóvenes, que se dispusieron a imitarlo. Sobre el precipicio fueron tendiéndose las cuerdas, y surgieron, a distintas alturas del abismo, fugaces resplandores rojos.

Talimeoat, animoso como en los buenos tiempos de su juventud, se descolgó una vez más por el escarpado precipicio. El huracán batía furiosamente a los cazadores que oscilaban en el vacío, desafiando el vértigo del tenebroso hondón. Talimeoat dio el aviso y su *muji* se estiró con todo el peso de su cuerpo.

Se sentía orgulloso de su fortaleza, pues había descendido veinte varas más que el más osado de los jóvenes cazadores. Abajo, en el oscuro despeñadero, se oía la furia del mar al estrellarse en los cantiles.

Entre los mozos que probaban suerte estaba Koiyot. Había intentado la cacería de un *kejur*; pero, por una torpeza en el movimiento de su antorcha, el pájaro despertó y salió al aire dando graznidos. Amargado por su derrota, se balanceaba a merced del viento en el imponente vacío. De pronto advirtió a su lado el *muji* tirante que iba alzando por segunda vez a Talimeoat, con un nuevo trofeo entre las manos. Sintió redoblado el amargor de su fracaso, acentuado ahora con la imagen de la bella Ijij, que menospreciara su pasión. Movidó por la envidia y en un incontenible arranque de odio, acercó la llama de su antorcha a la cuerda vertical de la que pendía la vida de Talimeoat. . .

Por sobre el rugir de las olas y el viento se oyó un alarido que se prolongó un instante, y una antorcha y el grito de un hombre se apagaron para siempre en el mar.

Alepen dio orden de terminar la cacería.

Lentamente se le fueron reuniendo todos los

cazadores, ya envueltos en sus capas. Dominando el trueno del mar, dijo Alepen:

—Talimeoat, el cazador de pájaros, ha caído. Mas ha muerto como hombre, y no habrá llanto, ni gritos, ni luto; ni nadie podrá herirse por él.

Tomó las flechas de la aljaba de Talimeoat y las fue quebrando una a una. Luego, junto con su arco, las echó al mar.

Dijo Alepen:

—Nadie más pronunciará su nombre.

Los cazadores volvieron con sus trofeos a la toldería. El venerable Alepen entregó a Kewanpe el *oli* y a la joven Ijij una diadema de plumas de *kejur*, única herencia de Talimeoat, el cazador de pájaros. Ellas tuvieron que recibirla sin pena ni llanto.

Cuando salieran las estrellas, habría una más en el cielo de Oneisin.

## *El Misionero*

CUANDO apareció en Oneisin aquel hombre alto, de cabello sedoso, limpios ojos azules y pequeña barba rizada, enfundado en negra casaca, que le llegaba hasta los pies, el *johon* se dio cuenta de que tal aparición reclamaba las artes de su oficio y se adelantó hacia el recién llegado. Detrás de él, los fuertes guerreros, las asustadizas mujeres y los niños maravillados esperaban que el *johon* dijera su palabra.

El recién llegado dio unos pasos y pronunció algunas frases amistosas en el lenguaje de los onas. Hubo un movimiento de sorpresa entre los nativos. Pero el *johon* levantó la mano imperativa y proclamó:

—Es un hombre. Un hombre pálido que se dice poseedor de la luz, y que habla el lenguaje de nuestros antepasados.

El *johon* se acercó hasta sentir en su rostro el aliento del forastero.

El pueblo formaba amplio y apretado corro tras su *johon*.

—¿Quién eres? —fue la pregunta.

Y la frente del aparecido se frunció con una arruga de perplejidad. Luego dijo una palabra extraña, que no figuraba en el vocabulario ona:

—Misionero.

—Mi-sio-ne-ro —repitió trabajosamente el *johon*.

Las bocas del pueblo paladearon como una pulpa la palabra exótica e hicieron de ella un estribillo acompasado, que repitieron hasta la risa:

—Mi-sio-ne-ro . . . , mi-sio-ne-ro . . .

Iracundo, el *johon* impuso silencio.

Y el forastero explicó largamente su condición. Venía de tierras lejanas, trayendo el men-

saje de otro Dios, los consejos de una vida mejor y la promesa de una felicidad eterna.

El pueblo se estremecía de risas. Y hombres y mujeres se echaron sobre el duro suelo para gozar más a sus anchas del inesperado regocijo.

Pero el *johon* debió expresar algo terrible con la mirada, porque todos se sosegaron de repente, dispuestos a escuchar.

—¿Quién es tu Dios? —preguntó el *johon*, que se mantenía en pie junto al desconocido.

—El que creó los cielos y la tierra, a los hombres, los animales y las plantas. . . El único Amo y Señor de todo lo creado.

Y ahora sí que el pueblo tenía motivos de risa. Hasta el *johon* no pudo evitar un gesto burlón.

Los hombres se volvieron hacia el mar, y sus manos mostraron al misionero la revuelta inmensidad de sus aguas. “¿Puede haberlo creado alguien? ¿No es él mismo un dios?”, parecían decir en su incrédula mirada. Los niños dieron la cara al sol. Luego miraron al misio-

nero moviendo inocentemente las cabezas, de arriba hacia abajo, como es la señal negativa de los onas. “No —parecían decir—, el padre es él.” Las mujeres buscaron ansiosas el disco blanco y apagado de la luna, que a esa hora era un tenue tatuaje sobre la piel del cielo, y se representaron su grave solemnidad nocturna, cuchicheando: “¿Quién pudo crearla tan hermosa?” Los ancianos, naturalmente, eran los más incrédulos; se limitaron a volverse hacia la imponente montaña y a sonreír cuando sus ojos de pupilas blancuzcas reflejaron los inaccesibles y nevados picachos.

El *johon* resumió todas aquellas expresiones de su pueblo con un encogimiento de hombros y un fastidiado desplomarse de brazos. Una sombra de desánimo atenuó el brillo de los ojos y la confiada sonrisa del misionero, y su barbi-lla se movió en un misterioso soliloquio.

—Ya entenderéis —dijo al fin.

Hubo un largo silencio. Más que las palabras, era la voz, honda, suave, del recién llega-

do, la que producía en ellos un influjo misterioso.

—¿Qué es una vida mejor? —preguntó entonces el *johon*.

—Una vida de paz —respondió el misionero—. La que fluye de la fe. La que se sustenta de la tierra. La que aparta la flecha de los hombres, de las bestias y de las aves. La que, si el enemigo hiere en una mejilla, no le da muerte, sino que le ofrece la otra, y lo desarma con el perdón. . . .

Esta vez los viejos semejaron interesados y sus semblantes, ocres y rugosos, parecían reflejar la luz que había en los ojos del misionero.

Pero los jóvenes miraron incrédulos hacia la tierra yerta, hacia los árboles momificados del paisaje fueguino, con sus ramas torcidas y hostiles, e imaginaron, por un instante, que dejarían pasar a los guanacos y las aves, sin hundir la flecha en su fugitiva carne. Y se vieron escuálidos de hambre y mordiendo la mezquina pulpa de los calafates. Luego miraron hacia

la lejanía, imaginando que otras tribus llegarían en son de guerra y que ellos saldrían a recibirlos desarmados y hospitalarios. En ese instante vieron pasar la sombra de los caranchos y sintieron la presencia de la muerte. . . No, no podía ser. Y rechazaron airados las malas nuevas que traía el misionero.

El *johon* mismo tuvo la duda de si el forastero no vendría a perderlos con la sospechosa luminosidad de sus ojos y con la dulzura de la voz, para entregarlos inermes en manos de los enemigos. Y se tocó las mejillas, donde estaban tatuados los signos de la guerra. También sintió ira; pero quedaba aún una pregunta por hacer y se dominó, contentándose con bajar nuevamente la cabeza con la señal negativa.

—¿Qué es la felicidad eterna? —preguntó el *johon*.

Los ojos del misionero redoblaron su brillo y su fijeza:

—Es la vida que sigue después de la muerte.

Estas palabras produjeron un silencio expectante. Nadie se movió. Todos se miraban fijamente. El misionero sintió renacer la esperanza y una persuasión renovada alentó en su voz.

—Es la vida feliz que espera a los que, por haber venerado al verdadero Dios y cumplido su ley, gozarán eterna vida después de la muerte de su carne. Es la vida alegre, sin hambres, sin dolores, sin odios, en el cielo de mi Dios. . . .

Y explicó lo que era el cielo. Sus palabras, como pinceles, iban encendiendo ante los ojos asombrados de los onas los vergeles luminosos y tibios, los árboles cuajados de deliciosos frutos, donde las mujeres tendrían siempre a su vista un lago donde contemplar su belleza, y los hombres tendrían arcos, no para herir, sino para deleitarse los oídos con melodiosos sonos, y donde no habría niños ni ancianos, porque hasta allá no alcanzaban las injurias del tiempo. . . .

Estas y otras cosas les dijo, aquél y otros días, el misionero; hasta que, un tiempo después, durante una de las prédicas, el *johon*, pre-

sionado por el sentir unánime de los suyos, abrazó al extranjero.

Y desde ese momento, los viejos códigos orales de la hospitalidad oná incluyeron las más exquisitas atenciones para el sacerdote. El *johon* se vio obligado a no sentir celos de este entrometido, que en otras circunstancias hubiérale parecido odioso competidor. Los mozos y las mozas, los niños y los ancianos, empezaron a cumplir, casi sin darse cuenta, con las nuevas normas de vida para tener derecho a la prometida felicidad. Todos los días veían a Dios, porque todos los días el misionero les describía el Paraíso, y por fuerza tenían que encontrarse con Dios cuando iban por los celestiales vergeles, llevados por la palabra del misionero.

Muy pronto, el ansia de cielo se convirtió en delirio. A toda hora pidieron nuevas y más completas descripciones del Cielo. Cada vez eran más vivas, más llenas de imágenes, y hasta... más sensuales. Venido de remotas tierras de poetas y mercaderes, el misionero tenía

—a pesar suyo y sin que lo supiera— el precioso don de convencer con sus ofrecimientos y de encantar con sus palabras.

Y llegó a conseguir mucho. Demasiado tal vez. Los onas empezaron a practicar su doctrina. Y primero, como se les hacía fácil la idea de un Dios único, pues era más simple para ellos que la muchedumbre de dioses, aceptaron un solo Dios, Amo y Señor de todo lo creado.

Y más adelante empezaron a cumplir a pie juntillas con la “vida mejor”: se alimentaron sólo de calafates, callampas y murtillas, dejando en paz a las bestias, las aves y los peces, y un día el *johon* manifestó al misionero que si venía el enemigo, se le recibiría con los brazos caídos, y no sólo le ofrecerían las mejillas, sino la misma vida.

El misionero, conmovido, alabó a Dios al escuchar estas manifestaciones.

Un día, en que todos se encontraban oyendo su palabra, como de costumbre, desfallecidos y lánguidos de sólo comer vegetales, el *johon*,

con una luz en los ojos, muy parecida a la del misionero, se le adelantó y lo abrazó alegremente, como quien se dispone a dar una fausta nueva . . .

—Todos hemos resuelto morir —le dijo—, para llegar más pronto al cielo . . . Junto a tu Dios . . . Junto a nuestro Dios . . .

El misionero, asustado, quiso interrumpir y explicarle el pecado de suicidio . . .

—No —le dijo el *johon*, sin dejarle hablar—. Ya lo hemos resuelto. Y como estamos muy agradecidos a ti, te daremos antes la muerte, no sólo para que nos lleves y nos guíes, sino para que seas el primero en gozar de la felicidad eterna . . .

Un mal disimulado terror, apenas encubierto por una sonrisa, que era casi una mueca, se apoderó del misionero. Forzado a mantener sus principios, al mismo tiempo que decidido a conservar la vida, su cara reflejó una expresión tan ambigua, que el *johon*, interpretándola a su manera, le dijo:

—No, no lo agradezcas. Te lo has ganado...  
¿Cómo implorar por su vida luego de haber hecho el panegírico de lo que vendría después de la muerte?

Además, el misionero era —hay que decirlo— un verdadero apóstol, y estaba dispuesto a no decepcionar a sus catequizados.

Ni siquiera pudo decir como San Pablo entre los gentiles: “Señor, a tus profetas han matado, y tus altares han destruido; y yo he quedado solo y procuran matarme...”

Pero en Oneisin no se destruían altares. Al contrario, los elevaban muy alto: hasta la misma altura del Cielo...

Y lo mataron.

## *Oshelten, el Mago*

OSHELLEN era un hechicero famoso, no sólo entre los suyos, sino también entre todas las tribus de Oneisin. Su fama, que los años no hacían más que acrecentar, lo representaba como un ser verdaderamente excepcional. En cierta ocasión le pidieron que mostrase algún espíritu de los que le infundían tan raros poderes, y con la mayor tranquilidad se acercó al fuego y, tras haber recitado algunas fórmulas, se sacó del pecho una especie de torcaza que volvió a tragarse antes de que las gentes se repusieran del asombro. Este y otros prodigios lo hicieron célebre, y no hubo día que no llegase algún hombre a su *kaowe*, muchos desde aleja-

das tolderías, pidiéndole consejos y exorcismos.

La tribu entera lo colmaba de honores y regalos, y Oshelten se daba buena maña para merecer y acrecentar tales ofrendas. Era frecuente encontrarlo con la cara pintada de amarillo, lo cual indicaba que estaba malhumorado; entonces los creyentes corrían a desenojarlo, con pieles y abalorios. En su interior, Oshelten no creía en sus artes salvadoras, pero vivía bien, era respetado y temido, y por nada del mundo revelaría la verdad que se ocultaba bajo tales simulaciones.

Su padre, que también había sido un renombrado *johon*, lo inició sabiamente en el engaño, y a sus lecciones había añadido Oshelten destreza, sagacidad, picardía y un conocimiento de los hombres no por intuitivo menos profundo. En cierta ocasión comenzó a llover, y lloviendo se habían pasado ya muchos días; asustadas las gentes, corrieron a pedirle que hiciese amainar el temporal.

—No, no; es necesario que llueva mucho más —les dijo.

Y cuando al anoecer observó que cambiaba el viento y que iba a escampar el turbión, convocó a la tribu para el rito adecuado. Viejos y mozos pusieron brasas en las puntas de sus flechas y dispararon contra las nubes innumerables saetazos. La noche se rayó de portentosa lucería; un haz gigantesco de fuegos sagrados trazó sobre la sombra maciza una amplia cúpula luminosa.

A la mañana siguiente brilló un sol espléndido y, naturalmente, todos quedaron convencidos de que el cambio se debía al poder sobrenatural del hechicero. Ante este nuevo milagro se acrecentaron el asombro de los habitantes de la toldería y la mágica fama de Oshelten.

A pesar de tan provechosos halagos, su único hijo, su Minkiol tan querido, se resistía a continuar lo que ya era una tradición de familia, y cuando el anciano, mostrándole el blanco *cochel*, distintivo de su arte mágico, lo insta-

ba a sucederlo en sus prácticas, respondía siempre con invariable negativa.

—No, *yi haim*, prefiero irme a vivir con los blancos.

—Algún día tendrás pesar por habernos abandonado.

Pero nada temía Minkiol. Por el contrario, a este anuncio pesimista, contestaba:

—¿Te acuerdas de aquella carreta que corría sin caballos y que una vez se nos cruzó en el camino casi sin dejarnos tiempo para verla? Yo quiero tener una carreta así. ¿Te acuerdas de aquella piragua de hierro que avanzaba sin remos ni velas, y tan grande que podía llevar mar adentro toda una tribu? Yo quiero navegar en una piragua así. ¿Te acuerdas de aquel extranjero que mataba los pájaros con un arpón de fuego que a todos nos dejó asustados? Pues un día, *yi haim*, yo quiero traerte de regalo muchas cosas así.

—Ante tu terquedad, *yi laal*, nada puedo hacer. Por tu edad, ya eres dueño de tus actos.

Vete: pero, al menos, parte mirándonos para que no olvides el camino por el que has de volver a Oneisin.

Y Minkiol partió.

Durante cuatro o cinco años nada se supo de él. Ya era hombre cuando volvió a la tolde-ría. Nadie lo hubiese reconocido. Pálido, macilento, las fuerzas lo habían abandonado. Ya no podía luchar como lo hiciera en su niñez, ya no podía resistir las largas jornadas de cacería, ya no podía cargar sobre sus hombros el peso de un leño que animara su fuego. Sus ojos brillaban, pero su brillo no era vivo y relampagueante como en tiempos pasados, sino lánguido y lacrimoso; sus palabras eran sonoras y varoniles, pero las entrecortaba una tos seca y persistente. A la tarde, cuando el sol se ponía, era mayor su desánimo, y por las noches le acome-tían y sacudían fiebres y delirios atroces. Por su caldeada imaginación pasaban, en confuso desfile, agudos tañidos de campanas, estridentes silbidos de sirenas, zumbidos de motores, y

el desprecio del uno y el desdén de la otra, y la curiosidad de éste y la burla de aquél. La ciudad blanca, que en sus ilusiones había visto rica y atrayente, se le aparecía, en estos instantes, como una pesadilla de tormento y fracaso.

En los primeros tiempos de su enfermedad todos se desvivían por atenderlo. Para él los cazadores se arriesgaban, las mujeres estaqueaban los cueros más finos y los niños recogían los calafates más jugosos y las más sabrosas murtilas.

Pero llegó un día en que todos comprendieron la inutilidad de sus cuidados: la vida huía de él y ya la muerte aleteaba impaciente alrededor de su lecho. Entonces, según costumbres ancestrales que no podían quebrantarse, se reunieron los principales de la tribu, y ante la imposibilidad de salvarlo, resolvieron dejarlo abandonado. Su larga enfermedad podía traer maleficio sobre la gran familia; y, además, ¿para qué tantos desvelos y cuidados si la salvación era imposible y si aún podía evitarse el

embrujo? Todos desfilaron diciéndole su adiós; reaviváronle el fuego, pusieron a su cabecera agua pura y carne fresca, y se fueron dejándole solo, absolutamente solo, a fin de que la muerte pudiese entrar libremente en el desamparado *kaowe*.

La caravana se puso en marcha y caminó muchas horas, tratando de encontrar en la llanura inhóspita un lugar donde establecer nuevamente la *toldería*.

Dos sentimientos chocaban en el corazón de Oshelten: someterse a la costumbre despiadada de abandonar al incurable, costumbre que era el más obligado a respetar, o volver al pie de la yacija donde agonizaba, en espantosa soledad, el ser para él más querido. Los impulsos naturales pesaron más que los preceptos de la tribu, y una noche, cuando todos dormían y estuvo seguro de que nadie podría descubrir su claudicación, se fue en busca del hijo moribundo con el propósito de estar de vuelta antes de que rompiesen las primeras luces del alba.

Nada más doloroso que este encuentro. Cuando el anciano llegó junto al enfermo, comprendió que el fin era inminente. Los ojos de Minkiol empezaban a perderse en la sombra final; sus manos translúcidas se alargaban por los caminos huesudos de los dedos; sus labios agrietados se entreabrían en una mueca de desengaño; por su frente resbalaban gotas de sudor helado, rocío de un amanecer que ya se abría hacia otro mundo.

—¡Minkiol! . . .

Al reconocer la voz, el hijo se reanima, mira honda y fijamente al anciano, y con voz entrecortada le agradece:

—Padre, yo sabía que habrías de volver, que tú no podías abandonarme así.

—*Yi laal*, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no escuchaste mis consejos y súplicas? Si los robles más fuertes de nuestros bosques fuesen trasplantados lejos de nuestra tierra, de nuestra nieve y de nuestro viento, se morirían; si los peces de nuestros ríos helados fuesen lleva-

dos a los mares calientes, donde las aguas bullen noche y día, se morirían; si se llevasen las florecillas de nuestras praderas, que nosotros tanto amamos, para adorno de otros campos, aun siendo más fértiles y cuidados, se morirían.

—Ya lo sé, pero es demasiado tarde; son lecciones que se aprenden cuando ya no sirven para nada. El camino me llevó muy lejos, y ya no tengo tiempo de regresar.

—Muy lejos de nosotros y de ti mismo, Minkiol.

—¡Ya no tengo tiempo de regresar! . . . Pero por este remordimiento mío, por esta comprensión de mi culpa, por esta penitencia de mi falta, padre, por favor, ¡sálvame!

—¿Yo? . . .

—Tú que diste luz a los ojos de los ciegos para que viesen estas lejanías que yo no veré más; tú que abriste los oídos de los sordos para que escuchasen el rumor de las selvas y las olas; tú que moviste las piernas de los tullidos para que danzasen el baile de todas las fiestas;

en pie la leyenda. Y desde entonces volvió a sus prácticas con fervor redoblado, convencido de que muchas veces en la vida de los hombres se abre una sima profunda que sólo puede llenarse con la imaginación.

## *Una Extraña Palabra*

APENAS había limpiado en su capa de guanaco el cuchillo con que matara a su hermano, cuando resonaron a sus espaldas los cascos de los caballos. Se volvió y divisó a unos hombres de tez blanca, vestidos con extrañas casacas, cuyos botones brillaban como las chispas de oro de las vertientes fueguinas. El sol arrancaba también reflejos a las piezas de acero que colgaban de sus cintos o se terciaban a la espalda. Hablaban con tono suave, pero sus ademanes denotaban una impaciencia nerviosa. Le rodearon mirándole con ceño adusto.

Selcha guardó el cuchillo. Se inclinó sobre el cadáver de su hermano y lo besó en la frente,

bajándole los párpados con ternura. Los hombres habían desmontado, y lo miraban entre curiosos y desconfiados. Uno de ellos, el más joven, pero que a la vez parecía el jefe, ostentaba un fino y desdeñoso bigotillo sobre el labio. Después de un instante se puso a hablar en una lengua que Selcha no comprendió; pero, a pesar del tono airado, era tan dulce, que él no supuso que las palabras estaban cargadas de cólera. Miró sonriente a los recién llegados, y mostrándoles, no sin cierta tristeza, el cadáver, les dijo en el más perfecto ona:

—Ambos éramos *yoreks*, hijos mayores del cacique de la más pura y apartada tribu de Karukinká. ¿Quién habría de heredar el mando? Fuerza era que uno de los dos muriese á manos del otro. Debía cumplirse la ley de Oneisin. Había que caminar mucho hasta llegar a tierras extrañas y trabarse en combate. Yo lo maté. Yo seré el cacique. El cadáver quedará aquí, muy lejos de nuestra tribu, para que el *mehn*

no vuelva a perturbar mi cacicato. Adiós, *yorek*. Adiós, forasteros, que lo pasen bien.

Però aquellos hombres, a una voz del mozo del bigotillo, se abalanzaron sobre él y le sujetaron las manos con unos hierros.

El protestó; gritó; imploró; renegó en el más perfecto ona; pero ellos le respondían siempre airados y violentos, aunque las palabras parecieran tan dulces a causa de la lengua suave y enervante en que eran pronunciadas. Lo hicieron caminar el día entero por el pedregoso desierto. El adelante, a pie; ellos atrás, a caballo.

Al anochecer se encendieron unas luces en la lejanía. Hacia allá rumbeó la caravana. Y a poco fue tomando cuerpo una ciudad simétrica, de casitas blancas, con algunas torres que tenían en el ápice dos palos cruzados. Anduvieron mucho rato entre las casas y llegaron a un gran edificio de piedra. Otros hombres iguales a quienes lo conducían abrieron unas pesadas rejas de hierro y lo llevaron a un cuarto oscuro, empujándolo hasta hacerlo caer sobre otros

hombres también encadenados, de semblantes téticos, con la expresión que debía tener Jachai, según las prédicas del *johon*.

El grito desgarrado, ululante de Selcha, estremecía las piedras. Aquellos demonios coreaban su lamento con carcajadas bestiales. Acudieron los de refulgentes casacas y le dieron golpes atroces.

Postrado y triste lo encontró la luz del amanecer.

Mediada la mañana vinieron a buscarlo. Lo alegró la luz del cielo. Pasaron otra vez entre las casas y llegaron a un lugar abierto donde había un edificio grande. Entraron y lo pusieron frente a un hombre, vestido de negro y mirada grave y dura. A su lado estaban otros de casaca y botones brillantes. Selcha no sabía qué decir, ni qué hacer con sus manos nudosas y fuertes inmovilizadas por los hierros.

Aquel hombre, al que todos obedecían, estaba sentado en lo alto de una tarima; en torno suyo se movía un mundo de seres, peque-

ños, calvos, largos, flacos, gordos, todos ellos igualmente feos y tristes. De pronto el hombre importante se enfrentó con Selcha, le hizo una señal con la mano y le habló en la lengua enervante que él no comprendía. Selcha titubeó. Un encasacado lo empujó hasta ponerlo frente a la alta tarima. Y otro le alargó un libro grande con cantos de oro. No sabía qué hacer, pero el encasacado le tomó las manos engrilladas y se las puso sobre el libro.

¡Ah, si él entendiese siquiera una palabra de aquella lengua!

Pero oyó que alguien a sus espaldas pronunciaba unas frases en ona:

—¿Qué has hecho, mozo?

Era otro encasacado, aunque Selcha creyó descubrir en él a uno de su raza. Quiso acercársele; pero éste lo esquivó y le dijo despreciativo:

—¡Quita allá, perro! No estamos para saludos. ¿Qué hiciste?

—Nada —fue la inocente contestación de Selcha—. Absolutamente nada.

El intérprete se volvió hacia el hombre grave y le transmitió la respuesta. Este habló durante unos minutos, leyó unos papeles, musitó algo, luego de escudriñar en otros libros. Y fue entonces cuando oyó decir en ona:

—Has asesinado a un hombre. Según parece, era tu hermano. Le has quitado la vida con tu puñal. Los soldados te descubrieron cuando limpiabas la sangre del cuchillo con tu cuero de guanaco.

En el rostro de Selcha volvió a repetirse la sonrisa bondadosa que había tenido ya una vez para los encasacados, cuando les contara lo ocurrido.

—¡Oh, sí, es cierto! —dijo casi alegre, como quien llega por fin a una aclaración natural que ha de disipar cualquiera duda—. Maté a mi *yorek*, es cierto, pero ¿qué tiene eso de malo? ¿Qué palabra es “asesinado”, que tú dices y no conozco? Tú sabes que de los dos hijos

gemelos de un cacique uno está de más y que deben disputarse entre ellos el derecho a la vida para no estorbarse. . . Tú lo sabes, porque eres de los nuestros. . .

El otro se enfureció.

—¿De dónde has sacado —le dijo— que soy de los tuyos? . . .

—Me lo dicen tus ojos, tu cabello, tu color, los huesos de tu cara —contestó Selcha, amablemente.

Fuera de sí, el intérprete gritó:

—¡Es un asesino! ¡Un asesino! ¡Ha confesado su crimen!

Entonces el hombre grave tocó una campanilla, cerró todos los libros, se encogió de hombros y se dispuso a salir.

La extraña palabra había quedado vibrando en los oídos del ona: ¡asesino!

—¿Qué es asesino? —preguntó.

—El que quita la vida al prójimo —fue la respuesta.

—No. . . , no —gritó Selcha, desesperado—.

Yo no la he quitado. . . La he jugado. Pude haber perdido la mía.

Pero el hombre importante ya había salido.

Un rayo de luz se hizo en el cerebro de Selcha. Llamaban hipócritamente quitar a lo que era ganar en buena ley. Sabían que la vida pertenecía a cada cual, y, sin embargo, sostenían el absurdo de que nadie podía disponer de ella.

Estalló entonces su indignación. Y mientras lo conducían de nuevo a la casona de piedra, iba gritando por las calles de la ciudad, con alaridos terribles, que no lograban acallar los golpes de los soldados:

—La vida necesita del sol y las estrellas. Vosotros la encerráis en esos escondrijos que son vuestras viviendas y matáis su vigor. ¡Asesinos! En vez de corregir con bondad a los que yerran, los llenáis de cadenas y matáis su dignidad. ¡Asesinos! Juzgáis con la ciega ley escrita y ahogáis la voz de vuestra conciencia. Matáis vuestra propia alma. ¡Asesinos!

Cubierto de sangre, y entre las burlas de la gente, llegó Selcha al edificio de piedra.

El proceso fue muy rápido. Una semana después el hombre grave leyó otra vez en los libros, habló en la lengua desconocida y condenó a Selcha para siempre a un penal perdido entre montañas, al otro lado de los lagos. Un piquete de encasacados lo escoltó, subiendo con él, luego de un largo camino, a la lancha de remos que los haría cruzar el lago. Ya no se veía la ciudad de esos hombres de curiosos vestidos y costumbres. Los palos cruzados habían sido lo último que divisara como extraños pájaros flotando en el cielo de la lejanía.

La lancha avanzaba perezosamente. Los encasacados echaban humo por la boca y se reían con estrépito. Uno de ellos sacó de entre sus ropas una botella, limpió el gollete con la bocamanga de su casacón y empezó a beber. La botella pasó de mano en mano y fue vaciándose

de boca en boca. Todos reían cada vez más fuerte. Uno de ellos dijo, dirigiéndose al jefe:

—Estaría bueno que remara el indio. ¿No le parece, mi cabo? ¡Lo único que falta es que nosotros tengamos que sudar por un asesino!...

Selcha, al oír de nuevo la enajenante palabra, comenzó a gritarla con su voz sonora y aguda:

—¡Asesino! ¡Asesino!

—Cállate —le ordenó un encasacado, mientras le pegaba un culatazo en las costillas. Selcha se quedó sin aliento, encogido de dolor.

—Tienes razón —dijo el cabo—. Hay que enseñarles a ser cristianos a estos perros. Ya, sácale las esposas y hazlo remar. ¡Lo único que faltaba! . . .

Y de un trago apuró el último residuo de la botella que luego tiró al agua.

A Selcha ya le habían sacado las esposas. Estiró sus brazos como para recobrar la circulación, mientras miraba con sus pequeños ojos a uno y otro lado . . .

—A remar, a remar duro y parejo —ordenó el cabo con una voz aguardentosa.

Selcha echó de golpe su poderoso cuerpo hacia un costado y luego, con furioso envión, hacia el otro y la lancha volcó.

Ya en el agua, nadó; nadó como la más veloz de las toninas.

Y alcanzó la orilla.

Salió chorreando. El sol animaba su piel lustrosa. En medio del lago, los soldados se hundían, abrumados por las casacas y el peso de las armas. . .

Selcha llenó el aire con su risa.

—¿Por qué os dejáis hundir en las aguas bajo el peso de esas ropas y esos hierros? ¿Por qué destruís así vuestra propia vida?

Y se fue gritando por las llanuras de Oneisin la palabra aprendida de la suave lengua:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

## *El Ultimo Cacique*

LA TARDE, traspasada de viento, se tendía sobre el dorado lecho de los coirones. Oteando desde el perfil de las lomas, una cautelosa avanzada de hombres armados de arcos y flechas protegía la marcha lenta de una caravana que hormigueaba por la pampa. Encabezaba el tropel un severo grupo de ancianos envueltos en ricas pieles. Oshelten, el mago, y Alepen, el vencedor de las nubes, venerables *johons* de famosas tribus, escoltaban al cacique Kauchicol. Alto, vigoroso, sobre la frente el blanco triángulo de piel, símbolo de sus artes y de su mando, Kauchicol marcaba con la determinación de su paso un obstinado derrotero. Tras él venía la

muchedumbre de hombres, mujeres y niños: el pueblo de Oneisin, dolorosamente desarraigado de su destino, cuya sufriente imagen, alcanzada por los últimos rayos de la tarde, se distorsionaba en fantasmales sombras que se alargaban sobre el ondulante dorso del páramo. Arriba, en la inflamada extensión del cielo, una imponente cabalgata de nubes se precipitaba hacia el ocaso.

Aparecía como un espectáculo extraño en la Isla Grande de Karukinká esta multitud derramada por la pampa. Las tribus onas, nómadas y dispersas, habían estado siempre formadas por escaso número de familias. Pero acontecimientos dramáticos obligaron a un súbito cambio de las costumbres ancestrales, y Kauhicol tuvo que usar todo su ascendiente, erigirse en el indiscutido jefe e imponer una rigurosa disciplina hasta entonces totalmente ajena a este pueblo de libres cazadores y errantes tolдерías. Ahora, con severo porte, dirigía la pesada marcha; su rostro impassible, como talla-

do en madera de coigüe, ocultaba hondas preocupaciones.

La lenta caravana había dejado atrás, en largas jornadas, los lugares en que era más fácil la caza del guanaco y enfilaba hacia la costa. Nadie entendía por qué Kauchicol señalaba con tanta obstinación ese rumbo, ejerciendo el mando con energía tan inusitada que resultaban inútiles las protestas e imposibles las deserciones.

Al anochecer divisaron el mar. Kauchicol dio la orden y las mujeres se dispusieron a levantar la toldería al reparo de unos matorrales; los niños fueron enviados por agua fresca y leña para las hogueras, y a las jóvenes se les encomendó ir a buscar mariscos a la playa ampliamente descubierta por la baja marea.

Los hombres se reunieron en torno a una fogata que chisporroteaba alegremente con las ramas recién cortadas. Kauchicol imponía su autoridad sentado sobre una gran peña. Algu-

nos de los que lo rodeaban estaban inquietos y malhumorados; tenían en sus manos los arcos cazadores y las aljabas repletas de flechas.

—Debo daros a conocer duras nuevas y tengo que haceros graves advertencias —comenzó con voz firme el cacique—. Vamos hacia las tierras inclementes del sur, porque la salvación de Oneisin está en alejarnos del contacto maléfico de los blancos. Nuestra marcha terminará en las regiones heladas, en los bosques de coigües y robles, en las montañas coronadas de nieve que rodean el gran lago Kamen. Nuestra vida será allí más difícil; pero allí recobramos la paz y la libertad perdidas, y, si osaran atacarnos, podremos resistir con buen éxito.

Y con voz más pausada, en que se advertía la amargura de su ánimo, el cacique hizo el recuento de las circunstancias que determinaban el penoso éxodo.

Hacia ya algunos años que habían ido apareciendo por Karukinká unos exóticos hombres

de piel pálida, con barbas negras, doradas y hasta rojizas, extraña lengua y singular catadura. Al principio unos habían querido atraer a los onas con palabras suaves, hablándoles en nombre de un Dios todopoderoso que ofrecía una vida eterna y feliz después de la muerte. Otros, de actitud atrevida e impaciente, buscaban con avidez desesperada esas chispitas color del sol que refulgen entre las arenas de las playas o en los pedregales de los ríos. Por último, otros habían llegado en grandes piraguas, invadiendo las pampas del norte de la isla con unos pequeños guanacos blancos, lanudos y dóciles.

Desde el primer momento, el contacto con los extraños fue funesto para la gente de Oneisin. Surgieron sangrientas luchas cuando los onas cazaban esos animales blancos que en grandes manadas poblaban la llanura, cuando se llevaban algo de un campamento de buscadores de oro, o cuando resistían las extrañas órdenes de alguno de aquellos que andaban vestidos con casacas de botones brillantes.

trecha frente. Con un ademán violento se zafó del joven Eshaiten y se adelantó con arrogancia hacia el cacique. Con voz gruesa, pero con cierto balbuceo en las palabras, el hombretón dijo en perfecto ona:

—Soy el hijo de Yoshkem, el respetable *johon* del lago Shaipot.

—No me digas quién eres, Kautesh; dinos mejor por qué has cambiado tu noble *oli* de zorros por esas ropas indignas.

—Nos las regalaron en la Misión.

El cacique observó:

—No dices verdad, Kautesh. Tu compañero, ese que gime como mujer, está herido de bala.

Y el índice de Kauchicol señaló el hilo de sangre que escurría por la mano del aludido. Este, un mozo torvo y desgredado, se lamentaba, perdida la atávica dignidad. El tercero de los hombres se esforzaba por mantenerse erguido, pero sus piernas parecían a punto de doblarse. En él clavó el cacique, con severidad, una interrogante mirada. Atemorizado, el hom-

bre empezó a decir, enredando las palabras:

—Me llamo Kiyohnishah. . .

Al oír el nombre, los impávidos guerreros estallaron en grandes carcajadas y algunos hasta se revolcaban en el suelo, convulsionados por la risa; pero Kauchicol impuso silencio con desusada energía:

—Te llamas como lo que ahora eres: ¡es-tiércol de guanaco! ¡Habla!

—Atacamos un campamento de hombres blancos, cerca del río donde sacan chispitas amarillas; pero uno de ellos alcanzó a disparar. . .

Kautesh se volvió violento, dispuesto a castigar al cobarde delator; pero Eshaiten lo contuvo con fuerza y el cacique sentenció:

—Tú, como tus amigos, tienes fuego líquido en el cuerpo, que te nubla los ojos y entorpece la lengua.

En seguida ordenó:

—¡Registrad a estos hombres!

Kautesh giró los turbios ojos, buscando por

dónde escapar. La multitud de los guerreros se puso de pie y avanzó formando un hermético círculo de arcos y flechas, en actitud amenazante. Ninguno de los tres hombres se atrevió a ofrecer resistencia. Les extrajeron de los bolsillos de los raídos chaquetones algunas baratijas: unos pedazos de espejo, peinetas, una pipa, una cuchara de metal. De entre las prendas de Kautesh apareció un botijo transparente lleno a medias de un líquido ambarino. Mandó el cacique que los despojasen de aquellas ropas y las echasen al fuego. Pidió luego la botella y la levantó para que todos la vieran:

—Este es el peligro mayor del contacto con los blancos, porque encenderá la discordia entre nosotros.

Y dejó caer el contenido en la hoguera, que dio una viva llamarada azul.

Encomendó el cacique a Oshelten, el mago, que curase al herido, y dispuso se les entregasen quillangos y armas adecuados a su condición a los tres hombres. Luego, dirigiéndose a éstos,

con un gesto paternal que borraba la severidad de su anterior actitud, les dijo:

—Tomad el lugar que os corresponde entre los guerreros de Oneisin.

Volvió a formarse el círculo, y un hombre que demostraba su enojo con trazos de pintura amarilla en la cara, levantó su voz airada:

—¡Debemos volver al norte, porque allí es más fácil la caza!

—No es al *yowen*, al guanaco de la pampa, adonde quieren apuntar tus flechas... ¡Tienes sed de venganza! ¡Yo también la tengo! Pero en la llanura no pueden nuestras piernas y nuestras flechas contra sus caballos y sus balas. En el bosque, en la nieve, entre las rocas, en los repliegues de las montañas, nadie podrá vencer a los guerreros de Oneisin. Esto te lo dice Kauchicol, el hijo de Rolio, el arque-ro del bosque, y lo afirman Oshelten, el mago, y Alepen, el vencedor de las nubes.

Ambos caciques aludidos levantaron sus no-

bles y curtidos rostros, en señal de asentimiento.

—Hay que cazar *yokenkash* —prosiguió Kauchicol—. Todo hombre deberá llegar hasta las lejanas regiones del sur, llevando sobre sus espaldas dos veces su propio peso en carne, grasa y cueros de foca.

Kautesh levantó entonces su arco, diciendo en tono despectivo:

—El *yokenkash* es carne para yaganes, no para los onas. De los onas es el guanaco.

—Olvidas, bravo luchador —replicó Kauchicol—, que con cuero de foca guarecemos nuestras piernas en invierno y reforzamos nuestros toldos; que su carne se conserva mejor que la del guanaco; que con su grasa defendemos nuestros cuerpos contra el frío y hacemos las pinturas con que expresamos nuestro ánimo.

Y Kauchicol cortó toda discusión, afirmando con energía lo que había resuelto:

—¡Mañana bajaremos a los roqueríos a matar *yokenkash*!

Amaneció un día radiante. La atmósfera estaba límpida; el cielo azul, sin una nube, y hasta el viento que aplasta con fuerza incesante el paisaje fueguino estaba ausente. Los robles aparragados parecían haberse erguido y la campiña se poblaba del vuelo de pájaros multicolores y del susurro de los arroyos, como si la naturaleza saliese de un prolongado sueño.

A corta distancia se encontraba la ensenada elegida por Kauchicol para la cacería de focas. Cuando la partida cazadora llegó al barranco que daba sobre la bahía, se ofreció ante sus ojos un panorama brillante y grandioso. La diafanidad del aire había acercado la cadena de altas y nevadas montañas, cuyas imponentes cataratas de hielo descendían desde las cumbres en azulados ventisqueros. De ellos se desgajaban con estruendo grandes témpanos que flotaban como cisnes majestuosos, tocados de tonos verdes, violetas y rosados.

En las tranquilas aguas de la ensenada, cientos de focas asomaban sus pequeñas cabezas

curiosas. En la playa y sobre las rocas lucían el empaque de sus plumas una ordenada multitud de pingüinos. Con su figura erguida, vertical, con su actitud ceremoniosa, parecían comentar entretenidos el espectáculo que animaban los lobos con su grotesco chapoteo al zambullirse desde los arrecifes y la gracia de sus movimientos en el agua.

Kauchicol, preocupado del éxito de la cacería, impartió severas instrucciones. Había que esperar que las focas salieran del agua y treparan por la playa para tenderse al sol al pie del barranco. Evitando todo ruido, los cazadores, armados con fuertes garrotes de roble, se desplegaron tras las peñas de la herradura que formaba la ensenada. A una orden del cacique, los hombres saltarían al mismo tiempo, cortando la retirada al mar de los *yokenkash* y abatiéndolos a garrotazos. No se debían usar flechas o arpones para no destrozar las pieles, y había que cuidarse de la furiosa arremetida de los animales heridos que se erguían sobre la

cola y se dejaban caer con todo su pesado cuerpo aplastando al enemigo.

La paciente espera se prolongó durante media mañana. Poco a poco, la manada comenzó a salir a la playa, dejando hondos surcos en la arena. Ya algunos lobitos retozones alcanzaban el cordón de algas secas que señalaba la línea de las más altas mareas y que el cacique había fijado como límite para aprontarse a la acción.

Hubo un momento de suspenso. Mar afuera, frente a la ensenada, se dibujaron las oscuras siluetas de algunas canoas yaganas. Avanzaban con largas remadas hacia el norte, dejando tras de sí una nube de humo negro que surgía del fuego que siempre llevaban consigo. Kaucicol comprendió que algo muy extraño estaba sucediendo al observar que los *yamanas* despreciaban los *yokenkash* y que, además, fueran los hombres y no las mujeres quienes remarán. Hizo un ademán para que se acercase su hijo Puppup, el ágil muchacho que llevaba

siempre atada al brazo una pulsera de plumas de golondrina para dar velocidad a sus piernas, y le encomendó la misión de correr hasta un alto mirador y observar hacia dónde se dirigían tan afanados los yaganes.

Todo estaba pronto para comenzar la cacería. Kauchicol iba a alzar el brazo para dar la orden, cuando, inesperadamente, silbó una flecha entre las peñas y se incrustó certera en el cuello de uno de los lobos más grandes. El animal dio un tremendo aullido que fue seguido por el de toda la manada, la cual, despavorida, se lanzó en desordenados saltos hacia el mar.

Kautesh corría entre las piedras hacia la arena, dando grandes voces y agitando su *oli*. El insólito flechazo y la aparición de Kautesh paralizaron a los cazadores. Mientras tanto, las focas alcanzaban el agua en dislocado tropel, confundiéndose con los pingüinos que, aleteando, corrían, tropezaban y se dejaban caer rodando desde las rocas. El mar hervía en espu-

mas con las zambullidas. A poco la playa estaba desierta y sólo quedaba en la arena la huella de sangre del lobo herido, que ya nadaba en aguas profundas.

Repuestos de la sorpresa, los cazadores se abalaron hacia Kautesh, decididos a ultimarlo a garrotazos. Kauchicol los contuvo con un enérgico grito. Y dirigiéndose a Kautesh, le enrostró indignado:

—Has disparado tu flecha con perversa intención. Has malogrado la cacería para no tener que marchar al sur. Estás perdido por el vicio, Kautesh; sólo anhelas estar cerca de los blancos para obtener de cualquier modo el fuego líquido. Tu falta es gravísima y merece castigo. Pero eres guerrero y tienes derecho a defenderte: ¡elige un adversario!

Kautesh, en vez de escoger entre los hombres experimentados, señaló a Eshaiten, el hijo mayor del cacique, que recién había cumplido la edad para pintarse de rojo. Un rumor de desaprobación condenó la actitud de Kautesh;

pero éste, volviéndose con arrogancia hacia Kauchicol, dijo desafiante:

—Lo elijo a él porque tú estás viejo. . . , y ¡el próximo cacique seré yo!

El curtido rostro de Kauchicol pareció tomar la dureza de las rocas cuando se volvió a su hijo Eshaiten y le dijo, con voz firme, para que todos lo oyeran:

—Tu hora ha llegado.

Ambos luchadores se enfrentaron sobre la arena fina y húmeda. A pesar de que Kautesh se veía mucho más vigoroso y era un luchador experimentado, el joven Eshaiten pudo desbaratar las primeras furiosas embestidas gracias a su agilidad. La lucha se desarrollaba ante el entusiasmo de los cazadores. Pero Kautesh, disminuida su resistencia por el abuso que había hecho de la bebida de los blancos, comenzó a cansarse. Desesperado, arañó a Eshaiten y luego lo mordió en el hombro, lo que despertó la

indignación de los guerreros; éstos eran recursos impropios de un hombre. Se vio perdido y levantó una mano, pidiendo tregua.

Cuando Eshaiten se disponía a descansar, Kautesh se le vino encima empuñando un pesado garrote arrebatado a un desprevenido cazador. Eshaiten alcanzó a esquivar el mortal golpe, y todos los guerreros se fueron sobre Kautesh y lo inmovilizaron. Jamás un luchador había quebrantado de manera tan ruin las severas normas del desafío. A gritos los enardecidos pedían la vida de Kautesh; pero, ante el asombro de todos, se interpuso una vez más el cacique Kauchicol y les ordenó que volvieran a formar el círculo. Luego, con serena actitud, entregó un garrote a su hijo. Ambos contendores quedaban con iguales armas.

Kautesh no esperó señal alguna y lanzó un feroz garrotazo, que fue a duras penas contenido por Eshaiten. Sabedores ambos de que se jugaban la vida, se lanzaban violentos mazazos y paraban los del contrario con singular des-

treza. De pronto, uno de los garrotes voló por el aire. Kautesh, desarmado por un formidable golpe de Eshaiten, retrocedió espantado. Estaba perdido. Sólo podía esperar la muerte. Pero el joven despreció su ventaja y se detuvo para que su rival recuperara el arma...

Humillado, Kautesh, con los ojos bajos, recogió su arco, sus flechas, su capa; pasó junto a los guerreros que en silencio le volvieron las espaldas y se encaminó lentamente hacia la inmensidad de la pampa.

Un alegre grito se oía a lo lejos, acercándose. Puppup venía a toda carrera, saltando matas y riscos como un chulengo, trayendo grandes nuevas.

Todos lo rodearon y escucharon maravillados. A media jornada hacia el norte, en la playa grande, había un bulto gigantesco. No. No era un espejismo, porque sobre él se arremolinaban, como una nube obscura, millares de ga-

viotas. Tan grande era, que no podría cubrirse ni aunque se juntaran todos los cueros de guanaco de la pampa. Las canoas de los *yamanas* ya estaban muy cerca de ese lugar. . .

—¡Una ballena! ¡Una ballena varada! ¡Una ballena!

Lanzando al aire sus arcos y sus capas, recibieron la noticia con grandes gritos de júbilo; eso significaba la comida segura para todo el invierno. Kauchicol los hizo callar. Irguió su alta talla, que se recortó claramente contra el horizonte pardo de la pampa, y comenzó a hablar:

—Hace poco teníamos a nuestro alcance toda una manada de focas que se perdió por la traición de un hombre. Ya vimos cómo su insolencia le trajo también su castigo. Ahora los espíritus buenos nos traen la seguridad para este invierno. Iremos a sacar de la ballena toda la carne y la grasa necesarias y continuaremos nuestro camino hacia el sur. Pero la abundancia también trae sus peligros y más que nunca

tendréis que obedecer las órdenes de vuestro cacique. . .

Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió faltándole el aire y su cuerpo se desplomó hacia adelante, mostrando clavada en la espalda una larga y aguda flecha.

Todos rodearon a Kauchicol, de cuya boca salía un hilillo de sangre. Oshelten, el mago, se inclinó sobre él y recogió sus últimas palabras. Luego le quitó de la frente el blanco *cochel*, y, con ademán solemne, se lo tendió a Eshaiten:

—Tu padre ha dicho que este *cochel* sea para el mejor de nosotros. ¡Tómalo! ¡Tú eres ahora nuestro guía!

Alepen y los otros ancianos rodearon al joven Eshaiten como antes habían hecho con su padre, y se dispusieron a acatar sus órdenes.

Algunos guerreros habían corrido hacia la pampa, tras las huellas del fugitivo Kautesh, y, a poco, uno de ellos volvió, diciendo con displicencia:

—He gastado una flecha; pero ¡he dejado una presa a los zorros!

En la toldería, los gritos, las lamentaciones y el llanto de las mujeres llenaban el aire; pero Eshaiten, seguro de interpretar los deseos de su padre, dispuso que sus funerales se hicieran rápidamente, a fin de emprender esa misma tarde el camino hacia la playa grande.

Por primera vez advertí en los ojos de Kupa un brillo emocionado. El recuerdo le desgarraba el corazón.

—Pasó mucho tiempo —prosiguió con voz entrecortada mi anciana amiga—. Hubo varios inviernos más; benignos unos, rigurosos otros. Nada sabía de las tribus que debían estar al pie de las montañas del lago Kamen, cuando llegó hasta aquí un joven entristecido, pálido, enfermo. Parecía una sombra. Me costó reconocer en él a mi nieto Eshaiten. La amargura de su alma era mucho peor que la enfermedad

del cuerpo. Con voz apagada y temblorosa, me contó el resto de esta infortunada historia:

—Sepultado el gran cacique Kauchicol, en un sitio alto entre las rocas, donde no pudieran llegar ni los zorros, partimos hacia el lugar que nos había señalado Puppup.

—Muy pronto estuvimos allí. Pero antes que nosotros habían llegado las canoas de los yaganes, esos hombres que, dominados por sus mujeres, vivían sólo de las fáciles presas del mar. Con arpones y conchas cortaban trozos del inmenso animal, cuando caímos sobre ellos con furia. Empavorecidos, huyeron hacia el mar; pero sus canoas estaban amarradas a los hueros a bastante distancia. Para salvarse tenían que esperar que sus mujeres fueran nadando a buscar las piraguas, porque ellos ni eso sabían hacer. Algunos se atrevieron a enfrentarnos, como desesperado recurso; pero sólo unas pocas mujeres lograron llegar con vida a las canoas.

—Guiado por los sabios consejos de mi padre,

logré imponer el orden y la disciplina para salvar las tribus de los excesos de la abundancia; con esfuerzo, con ordenado trabajo, fuimos cortando el enorme animal, acopiando su carne, su grasa, su aceite, para llevarlos al sur . . .

”Pero la noticia de la ballena varada corrió por toda la isla, y del lago Shaipot, de las montañas de Hantu, del río de Sheke, de las pampas de Booke, comenzaron a llegar las tribus. Centenares de *kaowes* se levantaron en los alrededores. Pronto surgieron las disputas, las provocaciones, el afán de vengar viejos agravios. La abundancia y la ociosidad descompusieron el carácter de las gentes que no obedecían a sus caciques ni a sus *johons*. Vivimos en un horror continuo. Los hermanos mataban a sus hermanos y golpeaban a sus mujeres y a sus hijos. Consternado veía que iba perdiendo toda mi autoridad. Ya nadie respetaba a los ancianos, y Oshelten, el mago, y Alepen, el vencedor de las nubes, fueron muertos a flechazos una tarde cuando trataban de apaciguar a dos

bandos que se trababan en sangrienta lucha. Las predicciones del hijo de Rolio se cumplieron inexorablemente. La cercanía del territorio ocupado por los extranjeros contaminó a nuestra gente, y a poco en las tolderías cundieron mortales enfermedades. Pronto no hubo ni un solo guerrero que tuviera un *oli* de zorros, y cada vez eran más los que vestían como los extraños o se iban a vivir con ellos. Los *kaowes* ya no se movían cada pocos días para conservar limpio el suelo, porque también las mujeres bebían el fuego líquido y muchas desaparecían hacia los campamentos de los blancos.

"Ya nadie podía formar con esa turba andrajosa y enferma ni siquiera un escaso grupo cazador. Los pocos que quedamos seguimos viviendo en torno a los despojos de la ballena, hasta que los hombres y las mujeres comenzaron a morir envenenados por la carne descompuesta. Los caranchos no rondaban ya sobre los restos del animal, sino sobre los de nuestros hermanos de raza . . .

"Nada pude hacer, madre Kupaen. No fui digno sucesor del cacique Kauchicol. Así, solo e impotente, asistí a la agonía de nuestro pueblo. Ese mismo viento que templara las virtudes de la raza, derrumbaba ahora los *kaowes* vacíos y apagaba para siempre las fogatas.

"Madre, mi hora final se acerca. Antes de volver a la pampa, para morir cara al viento, he querido venir a entregarte este *cochel* que nunca merecí y que, sobre la noble frente de Kauchicol, el último cacique, fue la estrella guiadora de Oneisin.

El resplandor del fuego animaba vagas sombras en la penumbra de la cabaña. Afuera el silbo del viento cruzaba por sobre las altas montañas para desplegarse sobre la pampa. En silencio, y con temblorosa mano, Kupaen me entregó un blancuzco triángulo de piel de guanaco, último símbolo de ese pueblo desaparecido. Y

yo lo recibí emocionado, como si fuera el corazón de un niño.

Cuando salí, Kupen, apoyada en un tosco bastón de roble, me dejó en el umbral de su pobre choza. Sus ojos estaban velados por las lágrimas. Con el dorso de la mano las enjugó avergonzada, y murmuró:

—¡Es el viento!...

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

VISITACION DE BIBLIOTECAS  
E IMPRENTAS  
30. SET. 1964  
DEPOSITO LEGAL

BIBLIOTECA NACIONAL  
6 OCT. 1964  
Secc. Control y Cat.

# *Indice*

Prólogo . . . . .	7
Kupen . . . . .	15
Elegía del bosque . . . . .	23
Las dos estrellas . . . . .	33
Kiutemink . . . . .	47
Aprendiz de hombre . . . . .	63
El arquero del bosque . . . . .	73
El espejo del lago . . . . .	87
El cazador de pájaros . . . . .	115
El misionero . . . . .	135
Oshelten, el mago . . . . .	147
Una extraña palabra . . . . .	159
El último cacique . . . . .	171